La Ilustracion Artística

Año XXIV — Barcelona 13 de marzo de 1905 — Núm. 1.211

LA CORTESÍA EN LA GUERRA.—DESPUES DE LA CAPITULACIÓN DE PUERTO-ARTHUR

M. Maltchenko, intérprete del estado mayor del 3.r cuerpo siberiano

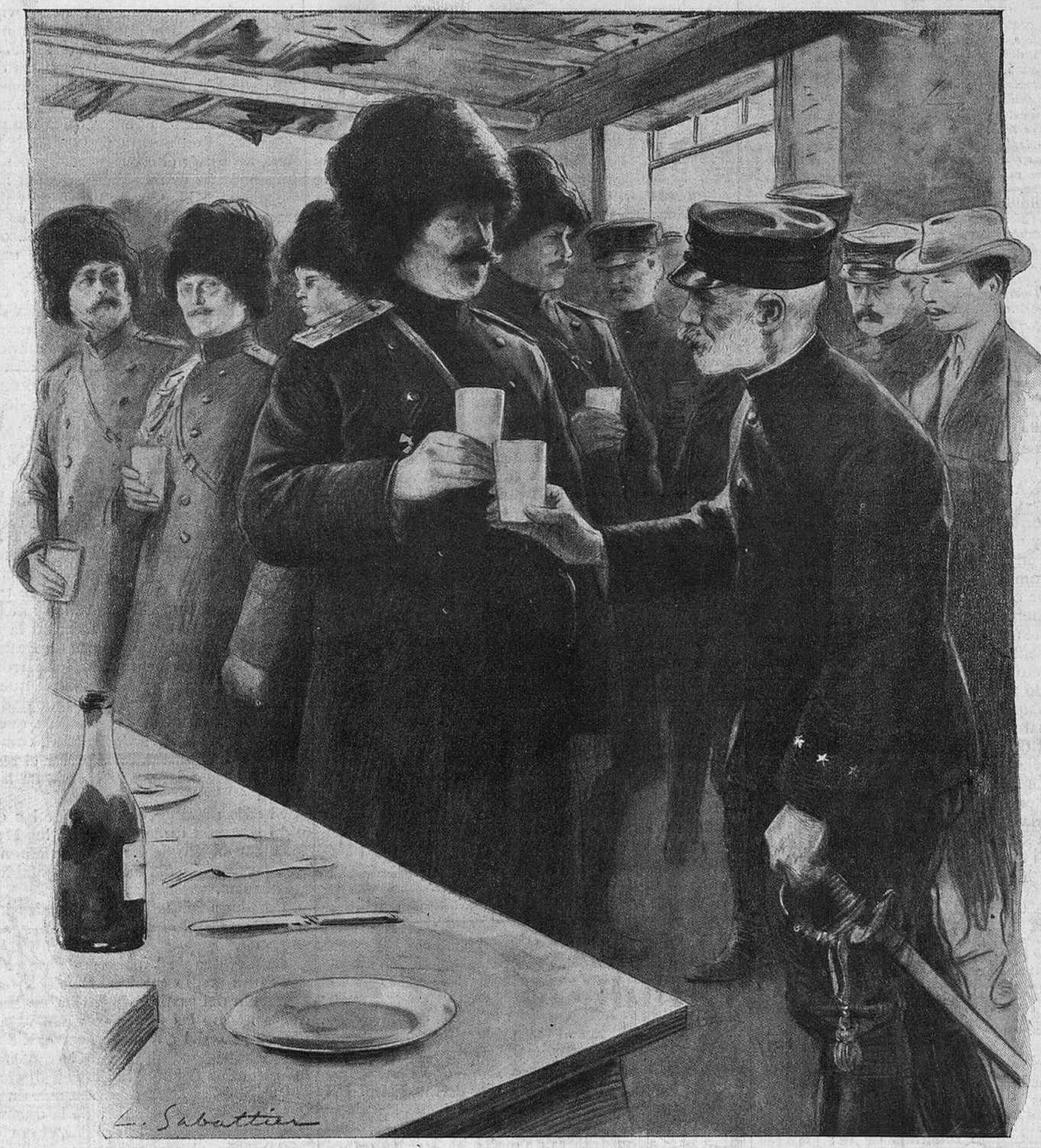
El teniente Nevelsky, ayudante del general Stoessel.

El general Reiss, jefe del estado mayor del general Stoessel.

El capitán Zonoda, ayudante.

El general Hiditi, jefe del estado mayor del general Nogi.

M. Kawakami, intérprete del general Nogi.



El general Stoessel. | El general Nogi.

Los generales enemigos brindando por el valor de sus tropas, después de convenir las condiciones de la capitulación de Puerto-Arthur.

Dibujo de L. Sabattier, que hizo el viaje desde Port-Said con el general Stoessel, hecho según los datos y documentos que le facilitaron el general y su estado mayor.

Los generales vencedor y vencido, acompañados de sus respectivos estados mayores, se reunieron el día 5 de enero en una cabaña de la aldea china de Shui-Shi-Ying, y allí comieron juntos y brindaron á la salud el uno del otro y por el valor de los ejércitos, tratándose todos con la mayor cordialidad y consideración.

(c) Ministerio de Cultura 2006

ADVERTENCIA

Terminada en el presente número la novela SIN ILUSIONES, comenzaremos en el próximo la publicación de UN DIVORCIO, preciosa novela del eminente literato francés Pablo Bourget, que ha sido uno de los más grandes éxitos recientes de la librería en Francia. Plantéase en ella un problema tan interesante como trascendental, en el que el autor encuentra ancho campo para patentizar una vez más sus excepcionales dotes de novelista psicólogo, avaloradas por sus no menos excepcionales condiciones de estilista.

Para publicarla en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, hemos adquirido el derecho de reproducción y hemos confiado al notable artista Sr. Mas y Fondevila las ilustraciones que habrán de acompañarla.

SUMARIO

Texto.— *La vida contemporánea*, por Emilia Pardo Bazán. – *La escarcha y el lodo*, por J. Ortega Munilla. – *Una desconocida*, por Ramón del Valle Inclán. – *Guillermo Charlier*, por A. García Llansó. – *El túnel del Simplón*, por G. B. – *Crónica de la guerra ruso-japonesa*. – *Miscelánea*. – *Problema de ajedrez*. – *Sin ilusiones*, novela ilustrada (conclusión). – Libros enviados á esta Redacción.

Grabados.— *La cortesía en la guerra. Después de la capitulación de Puerto-Arthur. Los generales enemigos brindando por el valor de sus tropas*, dibujo de L. Sabattier. – Dibujo de Triadó que ilustra el artículo *La escarcha y el lodo*. – *Los canteros*. – *Tristeza*. – *Lobo de mar*. – *Viuda*. – *Pescador del litoral belga*. – *Pescadores asegurando su barca*, obras del escultor Guillermo Charlier. – *El túnel del Simplón. Entradas Noroeste y Sudeste del túnel*. – *Una hora después de la perforación*. – *Sección longitudinal de la cordillera y perfil longitudinal del túnel*. – *Los que derribaron la última roca*. – *Guerra ruso-japonesa. Llegada al puerto de Dalny de provisiones y utensilios para el ejército japonés*. – *El general Stoessel y su esposa á bordo del «San Nicolás.»* – *Los rusos en la aldea china de Sin-Min-Ting*. – *Los japoneses cortando árboles en Sandepú*. – *Un episodio de la marcha de los prisioneros de Puerto-Arthur en el camino de Dalny*, dibujo L. Sabattier. – *Sanitarios ciclistas conduciendo un herido durante el combate*. – *El sultán de Marruecos y su intérprete*. – *Esqueleto de dinosauro instalado en el Museo de Historia Natural de Nueva York*. – *Recuerdo de la llegada de S. M. el rey D. Alfonso XIII á Barcelona*, cuadro de Juan Pinós.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Mientras discurren por las sucias calles los triviales mascarones, y un Carnaval aterido de frío, encapotado de cielo, engurruminado porque los tiempos no están para bromas, se esparce más allá del centro de Madrid, yo me complazco en encerrarme y evocar aspectos enteramente distintos, antitéticos, contemplaciones recientes de cosas pasadas, que, en este momento, representa mi visita á un antiguo, señorial palacio, con objeto de conocer personalmente á un caballero del siglo XVII, ascendiente de la familia..., pintado por Velázquez.

Así como actualmente se repite que la dedicatoria de una parte del *Quijote* ha dado la inmortalidad á un duque de Béjar y á un conde de Lemos, bien puede decirse que los pinceles del autor de las *Meninas* dan vida eterna á este Consejero grave, rígido, embutido (no sería exacto decir envuelto) en su hopalanda de negra seda labrada, que desciende hasta los pies. De otros muchos sujetos de respeto y fuste, varones sesudos, hidalgos de vieja cepa, caracteres firmes y recios, de pedernal—como parece ser este buen castellano del siglo de oro,—sólo quedarán, iba á decir las cenizas, pero acaso ni aun de ellas pudiesen dar cuenta los profanados sepulcros. El que miro se halla embalsamado y ungido para la eternidad por aquella mano que supo coger cautiva á la verdad y convertirla en su esclava; por aquel retratista de cámara que la posteridad saluda como retratista del hombre.

Y cuenta que el retrato del Consejero es un supremo alarde de sencillez. Hoy que se acude tanto á los accesorios y á los efectos, la observación de este lienzo nos demuestra la superioridad de los procedimientos espléndidamente sencillos de los grandes maestros del arte, en cualquier tiempo y lugar. Tal sencillez es la misma de las mejores páginas de Cervantes—no son iguales todas;—tal sencillez es la de Homero, la de la Biblia, la de las capitales manifestaciones del arte entero, sin desviación, que llega, directamente, á la entraña de la vida.

Pero, antes de insistir en la descripción, es preciso que cuente por qué estoy admirando, en las estancias de un palacio madrileño, la efigie de D. Diego del Corral y Arellano, del Consejo de Hacienda de Su Majestad.

El retrato, perteneciente á la casa ducal de Villahermosa, guardábase en ella con el respeto debido á su alta jerarquía, con la inteligencia y amor con que la duquesa conserva y estima lo que simboliza un pasado luminoso. En la previsión de que un día vicisitudes y cambios que no es fácil evitar arrancasen la joya al tesoro nacional, en pintura todavía tan rico, la gran señora había consignado ya en sus disposiciones testamentarias que el cuadro lo heredase la nación, enriqueciendo el Museo del Prado.

No era pública la noticia de tan rica manda, porque la duquesa la dictó de un modo tan natural y sencillo como pintaba Velázquez. Ningún impulso hacia la notoriedad, ningún deseo de que resonase su ya ilustre nombre, la habian guiado; y como hija buena que deposita un broche de oro sobre el seno materno, sin atribuir al hecho más trascendencia de la que tienen los extremos del cariño, era como había decidido completar el Museo con uno de los mejores ejemplares de Velázquez que existen en el mundo.

La ocasión de que nos enterásemos fué la proposición hecha á la duquesa, desde el extranjero, de la suma muy apreciable de millón y medio de francos, ofrecidos á cambio del cuadro, adquirido para un Museo de nación rica y pudiente.

La respuesta fué gallarda, sencilla, sencilla también, como la pincelada de D. Diego de Silva, y poética, como todo lo que brota directamente del sentimiento de un alma elevada de suyo, y penetrada de los deberes que imponen el nacimiento y la dignidad. Fué un arrogante grito de desprecio al becerro de oro, de amor al arte y á la patria, á la cual, desde aquel momento, la duquesa regalaba, no sólo una maravilla artística, sino millón y medio de francos, por lo menos, pues debe suponerse que el primer ofrecimiento no hubiese sido el último, si la dueña del prodigio se resolviese á regatear. Cuadros como el retrato de D. Diego del Corral no se encuentran, y millones sí, á puntapiés, en comarcas donde todavía el arte no ha impreso su sello radioso, donde hay dinero y no hay recuerdos, donde hay polimillonarios y no hay duquesas de Villahermosa.

Se habló algo del asunto; se reprodujo la carta en los periódicos; el ruido fué, sin embargo, bastante menor que si se hubiese tratado de algún combalache político con vistas á una cartera, ó de algún escándalo ó crimen más ó menos misterioso y sensacional. Uno de los peores síntomas de nuestro estado es que lo bueno, lo bello, lo noble, tiené escasa resonancia; no suscita comentarios. Y para que no parezca esto pesimismo vacío, diré que, hasta la presente, no ha llegado á mi noticia que el Gobierno diese las gracias en debida forma á la generosa ricahembra. Es fútil decir que eso se hará el día en que el cuadro pase á ocupar su puesto en el Museo, entre los demás Velázquez. Aplazar, como tantas veces se hace aquí, los honores merecidos para cuando ya no puede aceptarlos quien los mereció, es género de ingratitud solapada. Si yo fuese ministro de Instrucción pública, presidente del Consejo, cuando ocurrió este rasgo, ¡con qué apresuramiento alegre hubiese corrido á besar unos pies finos, columna del santuario de un corazón verdaderamente magnánimo y español, y que acababan de pisotear, resueltos y gentiles, el oro de los ricachones de fuera!

Estamos deplorando, diariamente, que se dejen perder recuerdos y tradiciones; que las clases directivas, todavía poderosas, no cuidan de sus prestigios ni se preocupan de conservar lo que los siglos legaron á sus linajes. A menudo nos enteramos de que el histórico castillo de H... ó de N... ha sido malroto por sumas que no equivalen al valor de algunos de sus sillares ó de las trabes de sus techos; á cada paso nos brindan, en las casas de los anticuarios, en las ventas públicas, retratos de familia, prendas que declaran su procedencia á voces, hasta indiscretamente, contando historias mejores para calladas. Pergaminos y ejecutorias son fáciles de adquirir por sumas modestas, aunque adorne sus vitelas la multicolor miniatura, y propalan el indiferentismo con que se mira el pasado, el suicida estupor de los que ni á sí mismos se conocen. Los escudos de armas sirven de umbral de muladares; las joyas de familia se malbaratan para adquirir dijes de moda, ó pagar los trapos del modisto. Y en medio del universal desbarajuste, conforta y alegra que alguien vele á las muertas glorias, que se las tenga en urna, con paños de terciopelo y relieves de plata; que el joven duque de Alba consagre cien mil pesetas á reconocer la deuda de una dedicatoria de Cervantes, y que la duquesa de Villahermosa desdeñe, con el airoso y elegante desdén de los bien nacidos, los millones que vale—ya lo creo que los vale—la efigie del severísimo Consejero, tan viva como pudo estarlo nunca el original.

¡Vida extraña! Al acercarnos al prolongado lienzo, perfectamente colocado á toda luz en el salón del palacio, nos confesábamos unos á otros un sentimiento difícil de explicar para quien no aquilate y refine las impresiones de arte: *el miedo*. ¿Miedo? ¿A qué? Miedo á la sobrehumana verdad de tal pintura. Cuando el arte llega á este grado; cuando nos presenta una creación igual á la naturaleza misma; algo que á fuerza de sinceridad borra la idea de arte, de labor, de estudio, de trabajo; algo que no parece *hecho*, sino *nacido*, sentimos el terror de las cimas; el soplo de lo divino nos estremece. Yo esto no lo he notado, en lecturas, sino en algunos pasajes de *La Ilíada*, en ciertas escenas de Shakespeare, en estrofas de *La Divina Comedia*, en poesías líricas como la oda de Safo. Y este Consejero pintado hace correr el mismo escalofrío por las venas.

Es, sin embargo, una figura que ni por sí misma, ni por sus accesorios, aspira á producir ni asombro ni encanto. Un hombre en la frontera de la vejez, no decrépito, sino todavía firme y duro, de pelo y barba grises, y cuya mano derecha descansa, abarcando folios de papel, sobre una mesa revestida de terciopelo granate con presillas y agremanes de oro. La izquierda sostiene con menos vigor otro legajo, de los que tendría por misión examinar; un escarolado rodea los puños, una valona lisa su cuello, y estas notas y las de los papeles, con las de cabeza y manos, son las únicas claras que destacan de lo sombrío de fondo y ropaje. Sobre el pecho se entrevé el extremo rojo de una venera de orden militar.

En otros retratos de Velázquez hay menos severidad, más capricho y riqueza. Pero nunca este hombre, que tan extraordinarias cosas ha realizado con un poco de blanco, de negro y de tierra, ha encontrado en su paleta mayores recursos para causar esa pavorosa sensación de realidad absoluta, y para expresar, en una cabeza, el alma de una raza y la filosofía de la historia. El Consejero, de su rudo semblante, de sus ojos imperiosos y fijos, emite una energía de carácter y una violencia de voluntad que subyugan. Me acuerdo de los retratos carnudos, bonachones, de Rubens, de los linfáticos modelos de los retratistas holandeses; miro otra vez al seco, al ascético funcionario (que defendió tan resueltamente á D. Rodrigo Calderón, marqués de Siete Iglesias), y me parece un hombre de bronce, mezcla de inquisidor, soldado y juez, y se me figura que de sus labios va á caer, tranquila y tremenda, una sentencia de tortura ó de muerte...

El asombroso lienzo se traga todo lo que le rodea, las preciosidades de la casa ducal, trípticos, cobres, Vírgenes de Antolínez, retratos de Mengs, filas de insignes antepasados, Urreas, Azlores, Pignatellis, vestidos con sus mejores galas, cubiertos de pasamanos de oro y de joyas fastuosas; se traga los bustos de alabastro, las porcelanas, los muebles que pertenecieron á reinas, y que mezclan la talla dorada al veneciano cristal, las sillerías de Beauvais, las porcelanas de Sevres, los tapices, los jarrones, los candelabros. Se los traga; no es posible que esta aristocrática riqueza luche con esa simplicidad incomparable, con esa amplitud de la pincelada, que vista de cerca parece, á fuerza de grandiosidad, como que no existe, y que ha substituído al color el realce de las superficies del cuerpo y lo blando de las telas y vestiduras.

Si cada magnate, al menos de los que no han tenido sucesión directa, legase á los Museos nacionales algún objeto de arte, rebosarían en ellos los tesoros, porque España ha sido inagotable venero, mina inexhausta.

Por desgracia, son excepcionales las damas que, sin más estímulo que su alto sentir, se acuerdan de la patria.

La duquesa de Villahermosa no es de las que se quedan á medio camino. Dígalo su espléndida restauración del castillo de Javier, en Navarra; díganlo ahora mismo las fiestas con que va á solemnizar el Centenario del *Quijote* en su castillo de Pedrola, donde se supone que situó Cervantes lo narrado en los capítulos del XXX al LVII, desde el encuentro con la bella cazadora, que era una duquesa de Villahermosa, con los episodios de la dueña Dolorida, encanto de Altisidora, la Trifaldi, el envío de Sancho á la Barataria, el espanto cencerril y gatuno, y demás «zarandajas.» Seguramente estas fiestas cerca de Zaragoza serán tan señoriales y bien organizadas, como amenazan las de Madrid ser insípidas y hasta sin relación con lo que pretenden conmemorar. Si yo fuese extranjero curioso y cervantista, huiría del Centenario en Madrid y buscaría á Cervantes en el castillo de los duques.

EMILIA PARDO BAZÁN.

(c) Ministerio de Cultura 2006

Juan del Angulo dió cien vueltas sobre aquella masa de lodo...

LA ESCARCHA Y EL LODO

(CUENTO INVERNAL)

Entre todos los hombres á quienes otorgó Naturaleza las venturas y desgracias de la paternidad, se destacará siempre Juan del Angulo, labrador de Alcalá-la-Manca, lugar bien conocido por la pobreza de sus productos y de su vecindario. Había otorgado el cielo á Juan del Angulo, como único fruto de su matrimonio con Angela del Cárdamo, una hija en la que se resumió la poesía de la tierra baja, así en la belleza como en el ingenio. También la virtud añadió encantos á aquella criatura. Apenas nacida, la reputación de su hermosura trascendió desde los ámbitos de Alcalá-la-Manca á los inmediatos pueblos de Aldea del Estorbo y Barrancal de las Nieves, y aun á toda la provincia. Era la niña-prodigio que al sonreir por vez primera, cuando su madrina la llevó á la pila del bautismo, asombró á los circunstantes por la perfecta belleza, tanto más rara cuanto que los recién nacidos suelen ser esbozos y ensayos mal definidos que en la línea confusa de lo porvenir no consienten que se adivine si han de ser hermosos ni si han de ser felices. Carne de nardos, luz de estrellas, gracia de agua que juguetea sobre las piedras del arroyuelo, efluvio encantador de un arte esencial y de una estética suprema, componían aquel retoño que entre los blancos haldales maravilló á cuantos asistieron á la ceremonia del bautismo en la arcaica iglesia semiderruída, en la que se celebraba el culto bajo la amenaza de un hundimiento.

Y desde entonces Inés del Angulo significó en toda la estepa que se honra con ruinas de conventos y de alcázares, el signo y el emblema de la belleza.

Así pusieron los padres de tal prodigio Juan del Angulo y Angela del Cárdamo en cuidar del fruto de sus amores extremos de acucia no igualados hasta entonces ni por los padres de la gentilidad ni por los del cristianismo. La cuna de la niña, el lecho de la doncella, los primeros juegos con la muñeca toscamente fabricada por los artífices de Villanueva del Sol, la urbe central de las actividades regionales, los paseos por las eras en los días señalados, cuando allí se congregaban señorío y villanaje, todo fué objeto de atención constante, de reflexión y examen de parte de los felices engendradores de aquella maravilla.

«La niña de Juan del Angulo.» Esta era la frase que resonaba en toda la comarca cuando se hablaba de cosas bellas, de ideales y de sublimes aspiraciones estéticas. Inés era algo semejante para los toscos labriegos de la estéril tierra, para los señores bien acomodados de ella y para los funcionarios que allí prestaban servicios al Estado, así como para la clerecía de las parroquias circundantes un ejemplo acabado de la belleza física y de la perfección moral.

Llegó un día en que Inés dejó de ser niña. Al comenzar la primavera del año de 18..., la estatua rectilínea desbordó en curvos esplendores. La espiga se convertía en flor y los pétalos desbordaban perfumantes, trocando el modesto caserón familiar en templo de las adoraciones populares. Por ver á Inés, sólo por verla, la mocedad lugareña paseaba bajo los balcones de hierro labrado y ante las resquebrajadas paredes de aquella estancia de humildes labradores en la que, desde tiempo inmemorial, no había pasado nunca cosa alguna digna de ser notada ni por lo bueno ni por lo malo.

Cuando llegó la primer noche de San Juan, fiesta helénico-hispana en que el aroma de las flores embriaga los cerebros católicos, convirtiendo las campiñas de las castizas aldeas castellanas en teatro de sensuales delirios, de entre aquella mocedad impetuosa surgió el enamorado. Era éste un mozuelo hijo de padres de escaso haber, voluntarioso y escéptico, lleno de valor y de ambiciones. En la contienda se sobreponía á todos, en la gracia y en el donaire era insuperable. Leocadio de Santafé, que así se llamaba aquel mozo, era el escándalo y la admiración del pueblo. La esbelta línea de su cuerpo, la energía de sus movimientos, el desprecio de lo convencional, el arresto de la vida, le hacían ser el temor de los pacíficos vecinos y el orgullo de los que deseaban que Alcalá-la-Manca representase siempre en las fiestas de los lugares vecinos el predominio del valor y de la gracia.

Este fué el hombre que, concentrando en su corazón la admiración de todos por Inés del Angulo, la convirtiese en amor, en deseo de posesión, en propósito de dominio. Todo el pueblo adoraba á Inés: Leocadio iba á ejecutar la adoración llevándola de los fervores del místico á los ardores imperativos del varón.

Así, la primera serenata que con toscas guitarras resonó ante los balcones de hierro labrado y ante los muros viejos de la casa de Juan del Angulo, fué como el estallido revolucionario que iba á trocar la majestad indiscutible del templo en fortín sitiado Dentro del fortín estaba la belleza suma. El ansia de amor del pueblo, la aspiración á la belleza suma de la muchedumbre, se concentraban en el amor de Leocadio.

Iba á ser éste el dichoso ejecutor de las aspiraciones de todos.

Byron dijo una vez que deseaba que todas las mujeres tuviesen un solo corazón y una sola boca para apoderarse del amor femenino universal en un solo estremecimiento y en un suspiro solo. Leocadio de Santafé convirtió la aspiración del poeta británico en una realidad, acomodando la ambición cosmopolita del insaciable amador á los límites de la aldea estéril y de la comarca agotada.

Las primeras vibraciones de la mística serenata despertaron en Juan del Angulo la sospecha. Temió que aquel tesoro de hermosura que él guardaba fuese profanado, y desde entonces no tuvo un punto de sosiego.

Por la noche, consumida la cena, salía de su casa el zahareño labrador vigilando el contorno.

Era cuando comenzaba el otoño á enfriar los campos y la escarcha cubría caminos y calles. Juan del Angulo bajaba su rostro, enjuto y arrugado, para ver si las huellas que sobre la escarcha dejaban los transeuntes podía indicarle el riesgo que corría.

Una noche observó que en la calzada que rodeaba su caserón había una serie de huellas anchas, toscas, que seguían en torno á la muralla como los pasos del espía en torno de la fortaleza codiciada. La última de esas huellas estaba cerca del muro. Con la linterna iluminó los viejos adoquines y vió que la yedra que entre ellos crecía estaba aquí y allá rota. Parecióle que cicatrices del honor manchaban la vetusta pared...

Entró en su casa como una tempestad. ¿Habían robado á Inés? ¿Había entrado en aquel recinto del honor la osadía que estallaba en las coplas de las serenatas?.. Juan del Angulo recorrió los pasillos de su morada y vió que la esposa, la respetable Angela del Cárdamo, dormía tranquila y que en la inmediata alcoba dormía también, un brazo por encima de las sábanas, la cabeza inclinada al lado izquierdo, una sonrisa de beatitud en los labios, la pura doncella Inés del Angulo y Cárdamo.

Desde aquella noche en que el padre consumió tantas energías, no consultó éste más las huellas de la escarcha. A un otoño áspero había seguido un invierno duro. Desde que el sol se ocultaba detrás del vecino monte de los Siete Angeles, la escarcha plateaba calles y senderos. Juan del Angulo dormía á pierna suelta. Cerca de él resonaban las tranquilas respiraciones de la honesta esposa y de la hija inmaculada.

En varias ocasiones vió que Inés madrugaba más de lo que era en ella de costumbre, y que después de la cena, no pocas noches la hermosa niña se detenía cosiendo ó rezando hasta mucho más tarde de cuando sus padres se recogían al descanso. Pero no hubo en el ánimo de Juan del Angulo ni el menor estremecimiento de duda. La escarcha quebrantada por los pasos de los viandantes, habíale arrojado á las más temerarias dudas y á los más trágicos temores.

Después del otoño vino el invierno. Nieves primero, lluvias después, emblanquecieron y enlodaron la mísera aldea de Alcalá-la-Manca, llamada así, según las crónicas, por la clásica pereza de sus habitantes. Nieves y lluvias ejercieron sobre el vigilante espíritu de Juan del Angulo efecto sedante. Detrás de la confianza vino la pereza, detrás de la pereza una fe inagotable de que su hogar era un templo, de que su hija era una santidad... Durmió tranquilamente.

Una mañana Juan del Angulo descansaba en su lecho, tranquilo el corazón, feliz el ánimo, inertes sus energías. Entró la esposa, Angela del Cárdamo, con pasos presurosos en la estancia.

—¡Inés no está en casa!, gritó la pobre madre. ¡Se la ha llevado Leocadio!

El padre se incorporó en el lecho, vistióse rápidamente, armóse de una vieja espada que en un rincón de la estancia quedaba como reliquia de la antigua hidalguía familiar. No dijo una palabra. Descendió con bruscos saltos la escalera de piedra, abrió violentamente el portón que, al ser empujado, chirrió sobre los goznes.

La calle estaba llena de lodo. Las nieves y las lluvias habían trabajado la tierra, amasándola en un negro sedimento. Desde la puerta de la casa se destacaban en el fango dos líneas paralelas; eran las de un coche que acababa de partir. En ese coche había sido arrancada del templo la imagen de la belleza y el símbolo del honor de aquel pobre hombre. El Tenorio labriego había profanado la admiración de la comarca y se había llevado el ramo de flores de pétalos perfumantes que adornaba los muros viejos de la humilde familia.

(c) Ministerio de Cultura 2006

Juan del Angulo dió cien vueltas sobre aquella masa de lodo, borró con sus pies los rieles marcados por el coche en que Inés huía... Y permaneció durante largas horas inmóvil y transido, sin darse cuenta de que el tiempo pasaba.

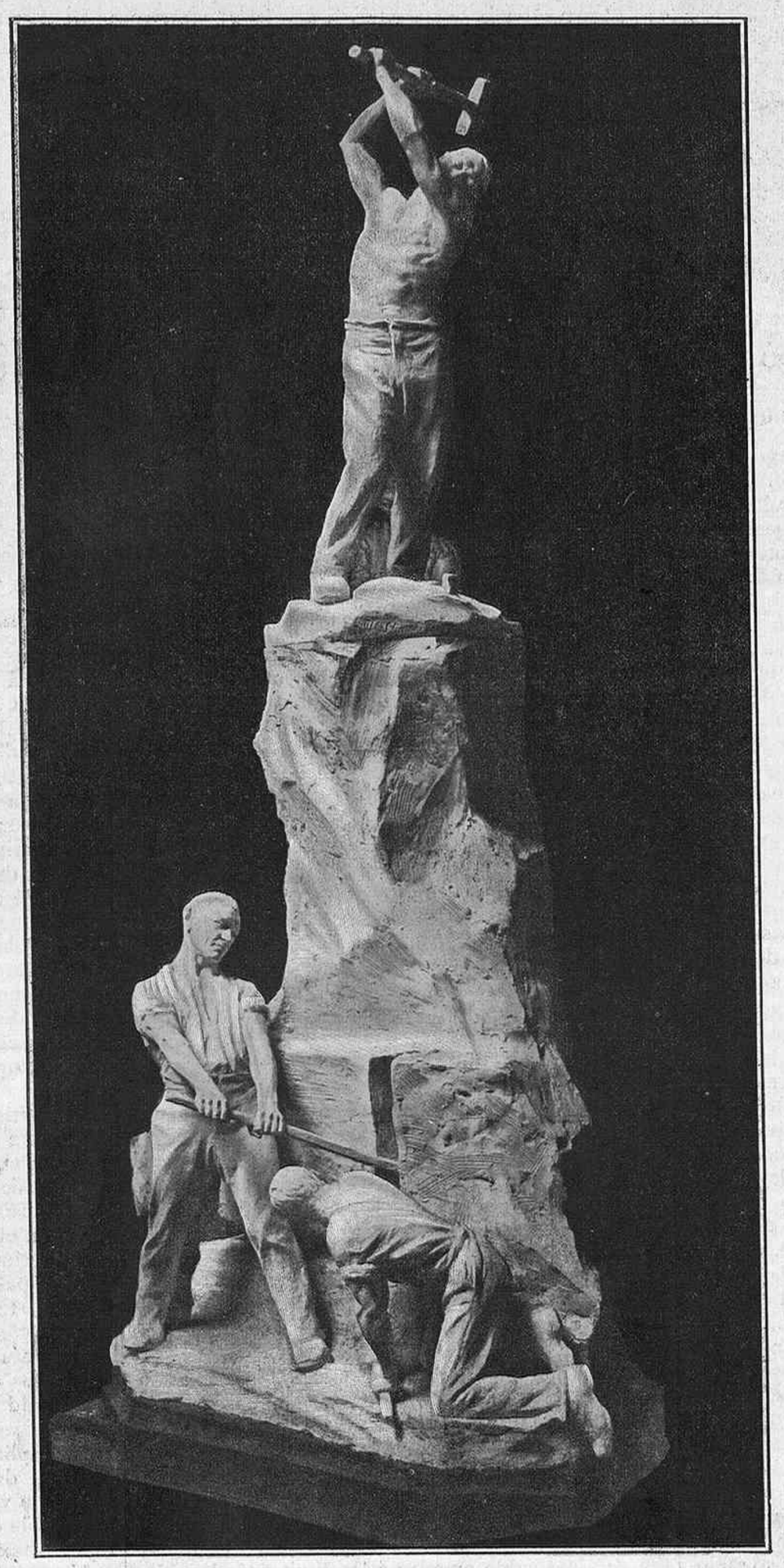
Soplaba el aire Norte con violencia bastante á mover las pizarras de los edificios inmediatos. Cuando el infortunado padre recobró la serenidad de su espíritu, vió que sobre el lodo negro plateaba la escarcha matutina, virginal, íntegra, sin una sola huella de paso humano.

Sus temores de un día se habían trocado en tremenda realidad. Su confianza se había convertido en negra desesperación. Sobre el lodo de la calle había la mañana tendido su lienzo argentino. Todo relumbraba en el horizonte. El olvido y la indiferencia tenían en la escarcha fría é inmaculada su mejor símbolo.

Para los vecinos de Alcalá-la-Manca no quedaba de aquella aventura de amor otro recuerdo que un viejo que se murió de frío en la esquina de su propia casa y la memoria de un fenómeno meteorológico que dejó las huertas sin fruto y los jardines sin flores.

J. Ortega Munilla.

(Dibujo de Triadó.)



Los canteros, grupo en bronce de Guillermo Charlier

UNA DESCONOCIDA

Hace algunos años viajaba yo en ferrocarril interoceánico de Xalapa á México. El tiempo era delicioso y encantábase la vista con el riquísimo verdor de la campiña que parecía palpitar ebria de vida bajo aquel sol tropical que la hacía eternamente fecunda.

A veces venía á distraerme de la contemplación del paisaje la charla, un poco babosa, de cierta pareja que ocupaba asiento frontero al mío. Ella bien podría frisar en los treinta años; era blanca y rubia, muy gentil de talle y de ademán brioso y desenvuelto. Él parecía un niño; estaba enfermo sin duda, porque, á pesar del calor del día, iba muy abrigado, con los pies envueltos en una manta listada, y cubierta con un fez encarnado la rala cabeza, de la cual se despegaban las orejas, que transparentaban la luz.

Presté atención á lo que hablaban. Se decían ternezas en italiano. Ella quería ir á los Estados Unidos y consultar allí á los médicos de más fama; él se oponía, llamándola *cara* y *buona amica;* sostenía que no estaba enfermo para tanto extremo, y que era preciso trabajar y tener juicio. Si hallaban contrata en México, no debían perderla.

A lo que pude comprender, eran dos cantantes. Cerré los ojos y escuché, procurando aparecer dormido.

No estaban casados. Ella tenía marido; pero el tal marido debía ser peor que Nerón, á juzgar por las cosas que contaba de él.

Por un periódico tuvo noticia de que se hallaba cantando en México, y la dama, que parecía muy de armas tomar, hablaba de ir á verle para que le devolviese las joyas con que se le había quedado el *berganto.*

—*Io non ho paura,* decía con una sonrisa extraña, que dejaba al descubierto la doble hilera de sus dientes, donde brillaban algunos puntos de oro.

Hundió en el bolsillo la mano, cubierta de sortijas, y la sacó armada de un revólver diminuto, un verdadero juguete, muy artístico y muy mono.

Siguieron hablando largo rato de gentes y cosas para mí desconocidas, hasta que fatigado el joven se acostó en el asiento que ella dejó por completo á su disposición, para lo cual vino á instalarse cerca de mí, saludándome al mismo tiempo con una sonrisa.

Al principio guardamos silencio. Los dos fingíamos contemplar el paisaje, el campo se hundía lentamente en el silencio amoroso y lleno de suspiros de un atardecer ardiente.

Por las ventanillas abiertas penetraba la brisa aromada y fecunda de los crepúsculos tropicales; la campiña toda se estremecía cual si acercarse sintiese la hora de sus nupcias, y exhalaba de sus entrañas vírgenes un vaho caliente de negra enamorada, potente y deseosa.

Aquí y allá, en las faldas de las colinas y en lo hondo de los valles inmensos, se divisaban algunos jacales que entre vallados de enormes cactús asomaban sus agudas techumbres de cáñamo gris medio podrido. Mujeres de tez cobriza y mirar dulce salían á los umbrales, é indiferentes y silenciosas contemplaban el tren que pasaba silbando y estremeciendo la tierra.

En el coche las conversaciones hacíanse cada vez más raras.

Se cerraron algunas ventanillas, se abrieron otras; pasó el revisor pidiendo los billetes; apeáronse en una estación de nombre indio algunos viajeros, y todo fué silencio en el vagón.

Y en tanto el crepúsculo extendía por la gran llanura su sombra llena de promesas apasionadas. La naturaleza salvaje, aún palpitante del calor de la tarde, semejaba dormir el sueño profundo y jadeante de una fiera cansada.

En aquellas tinieblas pobladas de susurros misteriosos y nupciales y de moscas de luz que danzan entre las altas hierbas randas y quiméricas, parecíame respirar una esencia suave, deliciosa, divina; la esencia que la primavera vierte al nacer en el cáliz de las flores y en los corazones.

Ya no recuerdo con qué ocasión ni á qué propósito empezamos á hablarnos la italiana y yo. Sólo recuerdo que ella me contó su vida, una historia novelesca que en nada se parecía á la otra historia que pude colegir cuando al comienzo del viaje oía su conversación con el adolescente del fez.

Y ahora resultaba que ella era la condesa de Lucca y aquel caballero enfermo el conde, su marido. Si yo había estado en Italia, con seguridad alguna vez habría oído hablar de los Lucca, ¡porque eran de lo más ilustre! Y como yo recordase vagamente haber conocido un título de aquel ó parecido nombre, ella, sin dejarme hacer memoria, interrumpía:

—¿Era viejo? Sería mi tío el príncipe. ¿Era mozo? ¿Militar? Sería mi hermano Aquiles, marqués de Lucca Vecchia.

Y sin detenerse proseguía el relato de sus grandezas con una verbosidad pintoresca y descosida, como los cintajos de su sombrerillo de viaje que alborotaba la brisa de las lagunas.

No llegamos hasta el anochecer. En el cielo sereno y límpido lucían las primeras estrellas, que se reflejaban en el fondo de las grandes charcas que esmaltan la meseta central.

Allá, en el borde del horizonte, sobre la ciudad, relampagueaban las nubes, mientras en el otro borde se marcaba el ocaso con una faja sangrienta. En la atmósfera tibia y muda flotaba el olor acre de la tierra.

Antiguos canales de la época azteca orillan el camino. Las luces de la ciudad parpadeaban á lo lejos como pupilas foscas é inquietas de una gran manada de gatos monteses.

Ayudé á bajar del coche al conde de Lucca, que apenas podía moverse, y me despedí deseando toda suerte de felicidades á aquella extraña pareja. La condesa me estrechó las manos con muestras de mucho afecto. ¡Oh, ella no se olvidaría nunca de mí! Yo tampoco la olvidé, ¡qué diablo!

Después volví á verlos muchas veces: en todas partes los hallaba.

Un día, en las torres de la Catedral; otro en un reñidero de gallos, la última vez en el castillo de Chapultepec dando confites á los tigres.

El conde de Lucca parecía más enfermo cada vez: no podía andar si no era apoyado en el brazo de la condesa.

Por algún tiempo dejé de verlos. Un día, ya los tenía casi olvidados, me tropecé con ella sola. Cuando le pregunté por el enfermo, se echó á llorar.

—*¡Ah, mio povero!*

Luego, entre suspiros, me contó que había muerto, y que ella quería trasladar sus adorados despojos á Italia, panteón de familia. Se cubrió los ojos con el pañuelo, y lanzando un gemido murmuró:

—*Oh, el mio caro, el mio carísimo fratelo!*

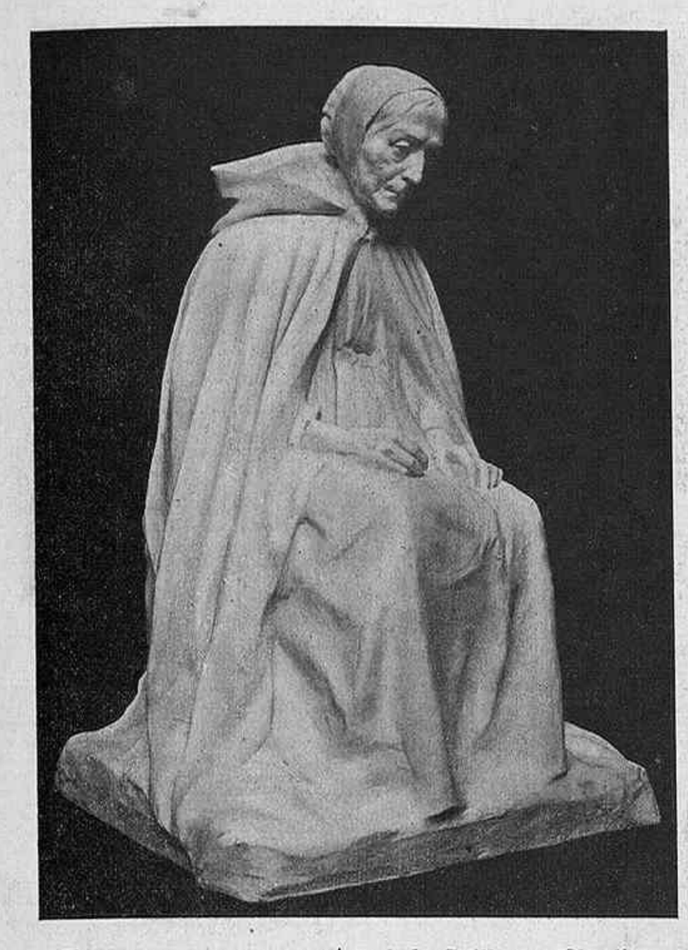
¿Su hermano?.. ¡Pues no habíamos quedado en que era su marido!..

Ramón del Valle Inclán.

GUILLERMO CHARLIER

Otra vez nos depara la suerte ocasión ó motivo para ocuparnos de la labor que realiza el distinguido escultor belga Charlier. Las obras que ha producido recientemente demuestran que se ha afianzado su tendencia y que á medida que el tiempo transcurre se acentúan los caracteres que determinan su personalidad artística. Por lo que al concepto se refiere, continúa manifestándose como sociólogo, en el sentido de representar, de expresar estados sociales, el modo de ser de determinadas clases, dignificando el trabajo y enalteciendo el sentimiento, sin que para lograr la interpretación de sus concepciones ó la representación de los temas ó asuntos elegidos, recurra á efectismos ó minucias, antes al contrario,

(c) Ministerio de Cultura 2006



TRISTEZA, estatua en mármol de Guillermo Charlier

puesto que modela con la misma amplitud y grandiosidad con que concibe, dando á sus creaciones la intensidad de la expresión, adivinándose el sufrimiento que aconseja prodigar consuelos ó mitigar dolores. Esto por lo que atañe á su propósito social, puesto que las dos producciones tituladas *La viuda* y *Tristeza*, dignas compañeras de las que hace algunos años dimos á conocer á nuestros lectores, han de estimarse como gallardas manifestaciones de la modernísima escuela en que milita nuestro amigo.

Ya dijimos que otro aspecto ofrece no menos digno de estudio, cual es el que aportan y significan sus notables bajos relieves, ya que á pesar de la limitación de recursos de que el escultor dispone, logra señalar términos, espacios y planos, según puede observarse en *Los pescadores asegurando su barca*.

PESCADOR DEL LITORAL BELGA, monumento en bronce, obra de Guillermo Charlier

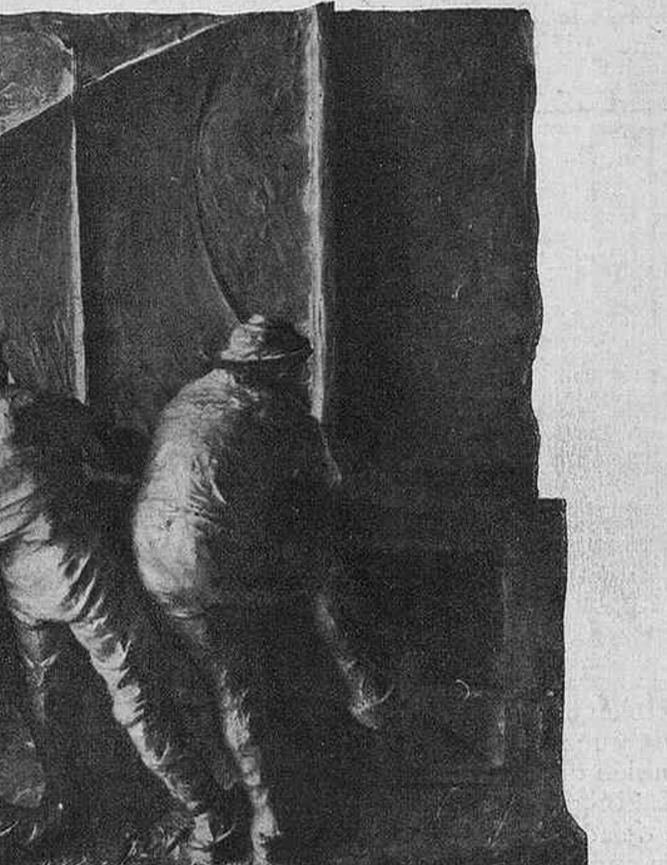
El monumento dedicado á *Los canteros* y el de *Los pescadores del litoral flamenco* han de estimarse como la glorificación del trabajo, mereciendo el primero un caluroso aplauso por la originalidad de la concepción.

LOBO DE MAR, busto en mármol de Guillermo Charlier

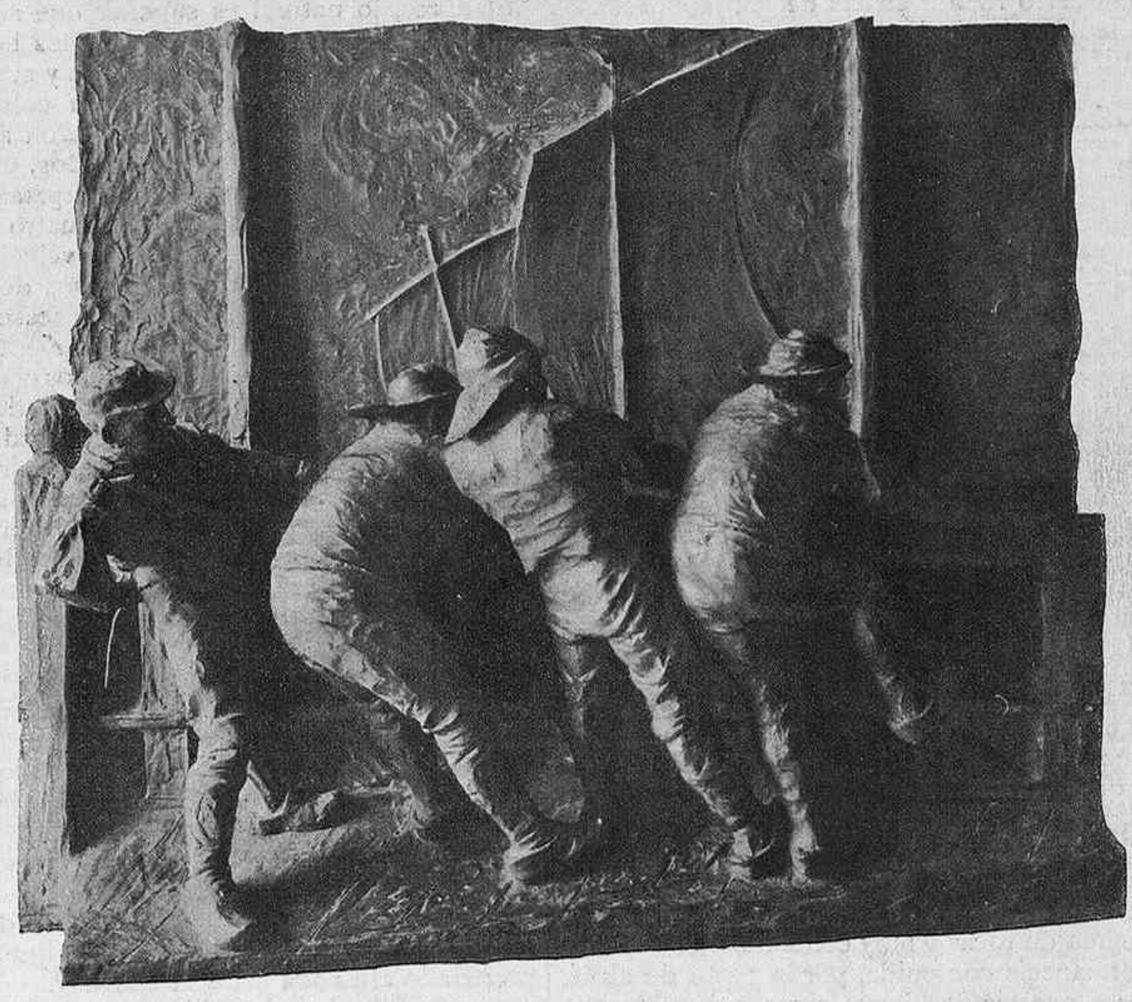
La provechosa labor realizada por Charlier puede sintetizarse haciendo constar que sus producciones, tan sentidas como inspiradas, cobran forma y expresión entre sus dedos, de suerte que les transmite el esfuerzo de su genialidad y el caudal del sentimiento que domina su espíritu como pensador é inteligente y entusiasta cultivador del arte. De ahí la impresión que producen sus obras, porque en ellas se halla impresa su personalidad y cuanto constituye su característica, distinguiéndose por ese algo que imprime el aliento y la imaginación de un artista de temperamento, que sin otro estímulo que sus ideales, prescinde de trabas y convencionalismos para expresar con igual grandeza y amplitud cuanto observa y le impresiona.

Saturado el espíritu de este meritísimo escultor de las modernas corrientes, atento á los cánones impuestos por la nueva escuela, prescindió, ya en los comienzos de su carrera artística, de la reglamentación académica, comprendiendo que el artista precisa aunar los recursos que la técnica puede ofrecerle con la intensidad del concepto, el esfuerzo intelectual, puesto que sin tal armónica asociación no cabe llenar el cometido impuesto al arte contemporáneo, ni podría retratar ó reproducir el medio en que vive, elevando el espíritu de sus conciudadanos ó censurando sus vicios y defectos por medio de la representación de tipos ó cuadros sociales.

En el hermoso grupo constituído por las manifestaciones escultóricas del arte flamenco, figuran dignamente las obras de Guillermo Charlier, y su nombre se destaca entre el de los más geniales artistas de aquel país, que tantos maestros ha producido y tan gloriosas tradiciones ha legado á la posteridad. Afortunadamente consérvase en el Museo Municipal de Bellas Artes de esta ciudad una de sus más bellas creaciones, magistralmente modelada y hondamente sentida, augusta representación del amor maternal y ejemplar manifestación de la escultura moderna. Algo ha influído, quizás, en ese movimiento evolutivo de nuestro arte regional, y bajo este concepto también debemos consideración á este escultor, en quien se hallan reunidas las cualidades del hombre pensador y el sentimiento del artista.—A. GARCÍA LLANSÓ.



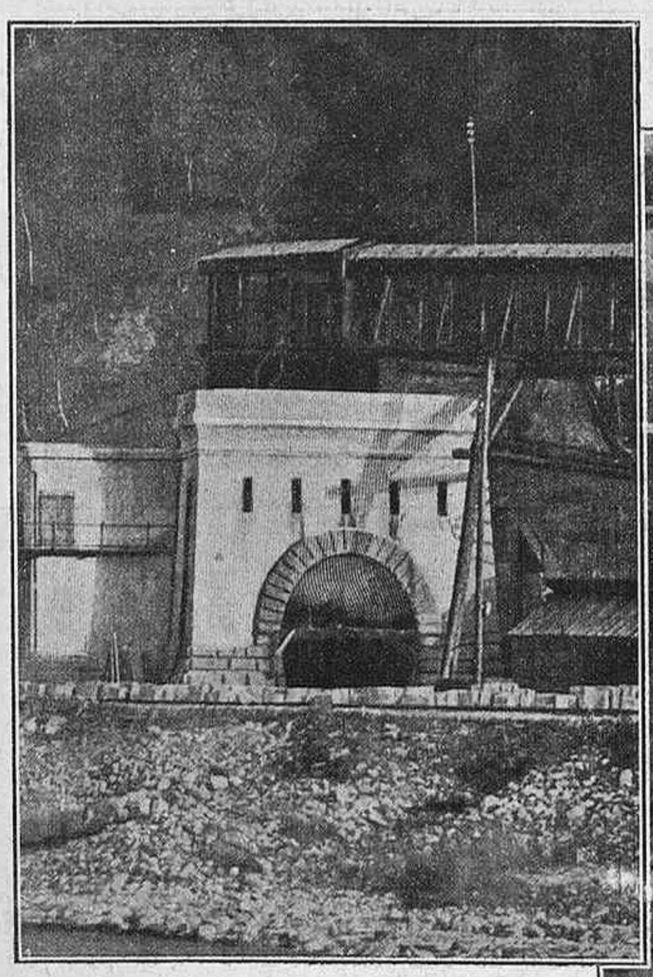
VIUDA, grupo en mármol de Guillermo Charlier



PESCADORES ASEGURANDO SU BARCA, bajo relieve en bronce de Guillermo Charlier

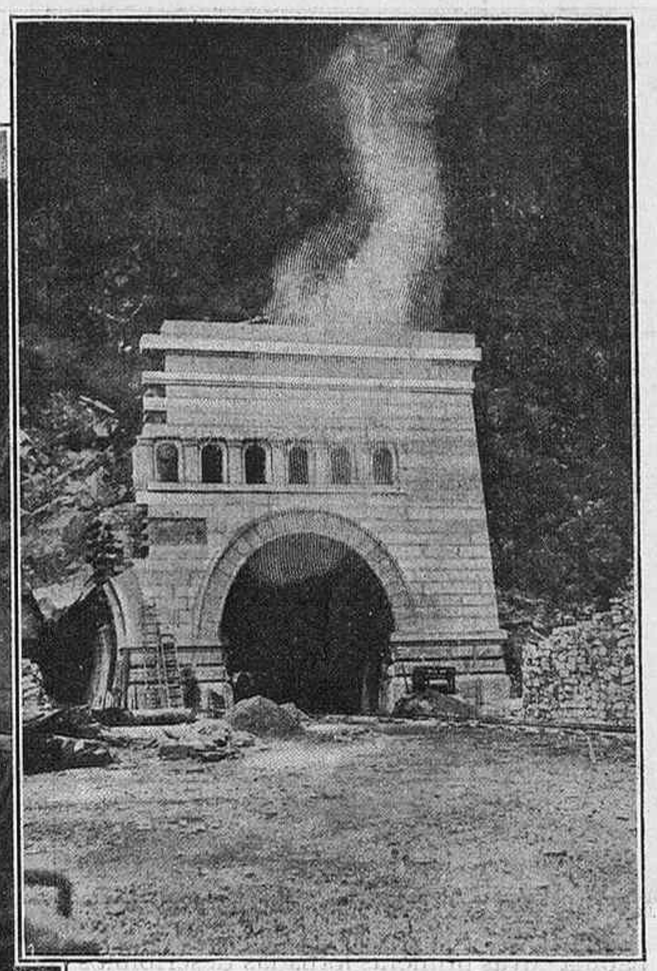
(c) Ministerio de Cultura 2006

EL TÚNEL DEL SIMPLÓN



Entrada Noroeste del túnel en Brigne (Suiza)

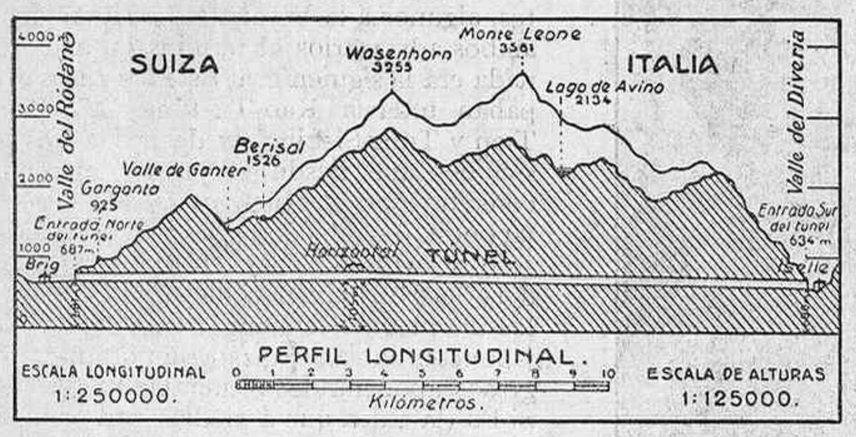
Una hora después de la perforación: el agua hirviente precipitándose por la pequeña galería



Entrada Sudeste del túnel en Iselle (Italia)

A las siete y media de la mañana del 24 del próximo pasado febrero, la última pared de roca que bajo el monte Simplón separaba Suiza de Italia se derrumbaba por la explosión de una veintena de minas cargadas de dinamita, más de lo que la prudencia aconseja. Pero la brigada que en la noche de la víspera había emprendido el trabajo de avance no quiso dejar á la que había de reemplazarla el honor de dar ese golpe supremo.

El día 20, el ayudante Antonio Betassa escribía en su parte diario á los ingenieros: «Dentro de tres ó cuatro días el soberbio Monte Leone (la cima culminante de la cordillera) que quería matarnos con su agua caliente, caerá en mis manos, como ha caído Puerto Arthur en las de los japoneses.» Y Betassa tenía derecho á este supremo favor, porque él fué quien en 13 de agosto de 1898 dió en Iselle, en la boca del túnel, el primer golpe de pico en el terrible granito, y así lo recuerdan una bandera italiana y una inscripción puestas en su casa, la primera también que se construyó en los talleres.



El túnel del Simplón. – Sección longitudinal de la cordillera y perfil longitudinal del túnel. Este túnel tiene una longitud de 19.769 metros y 350 milímetros; es el más largo del mundo.

La brigada de la víspera, con mala intención, había dejado sin cargar doce vagones de escombros, para aumentar así el trabajo de la de Betassa. Este enfurecióse ante tamaña contrariedad: sentía detrás del diafragma de rocas y muy cerca de él el vacío en donde permanecía contenida, por la parte de atrás, por macizas puertas de hierro la masa de agua que había obligado á los obreros á abandonar el trabajo por el lado de Suiza; y al ver que había de avanzar la labor lo suficiente para que otros, una hora después de terminada su faena, tuviesen la gloria de hacer saltar la mina decisiva, de abrir la última brecha, refugióse en un rincón resuelto á no hacer nada para anticipar un momento el suceso de que podrían envanecerse sus rivales.

En esto, súpose que en el extremo del túnel había descarrilado un tren y que la brigada no podría salir á la hora fijada para el relevo. Este acontecimiento podía convertirse en trágico: cuando se piensa en la situación de los trabajadores bloqueados en aquel agujero sin salida, á la merced de una inundación de agua hirviente, de una parada súbita de los ventiladores, lo natural es suponer que aquella noticia hubo de causar espanto en aquellos hombres; y sin embargo, lejos de ser así, Betassa y sus colaboradores la acogieron con alegría. Los mineros se pusieron á trabajar con frenesí, apremiados, excitados, animados por el capataz y el contramaestre, y las cuatro perforadoras lanzadas á toda velocidad abrieron en la roca agujeros de una profundidad inusitada y acaso peligrosa.

Y hecho esto, mientras se preparaban los cartuchos con mechas más largas que de ordinario, porque era preciso prever la llegada de las aguas y tener tiempo de huir lo más lejos posible, fueron retiradas, con sobrehumano esfuerzo, las máquinas, que en diez minutos estaban fuera del alcance de la explosión, cuando este trabajo exigía ordinariamente media hora.

Mientras ardían los cinco metros de mecha que pendían fuera de los orificios de la mina, los obreros bajaron sin gran apresuramiento la galería, dirigidos por M. Carlos Bacilieri, ingeniero de los ferrocarriles suizos agregado á la sección de Iselle que ha vigilado los trabajos del lado de Italia.

En la transversal 44 detuviéronse algunos obreros, para apreciar más de cerca los resultados de la explosión; los demás con M. Bacilieri descendieron hasta la transversal 43, y en vista de que no se había preparado allí nada para la desviación de las aguas, el citado ingeniero mandó construir á toda prisa un dique provisional.

De pronto estallaron los cartuchos cuyas detonaciones resonaron sordamente en aquella atmósfera enrarecida, y á los pocos segundos percibióse en la pequeña galería, detrás de la gruesa puerta de hierro que cerraba la transversal 43, el estrépito del agua: toda la masa líquida encerrada entre la pared perforada y la puerta de hierro que por el lado Norte la contenía, se había precipitado en catarata. M. Bacilieri entreabrió la puerta; un humo denso llenó la transversal en donde penetró el agua: entonces, inquieto por los demás trabajadores, precipitóse túnel arriba y los encontró en la obscuridad, apenas disipada por las vacilantes luces de sus pequeñas y ahumadas lámparas. El torrente de agua hirviente había sumergido el dique detrás del cual se resguardaban, y llenos de pavor corrían desatinados gritando: «¡El agua, el agua!» Y como una exhalación pasaron por delante de Bacilieri, que procuraba detenerlos y tranquilizarles. Media hora después, un tren de faena los conducía á todos fuera del túnel.

Aquellos obreros acababan de escapar á una muerte atroz, á la que habían de sucumbir dos de sus ingenieros que penetraron más tarde en el túnel: en efecto, la afluencia de las aguas en la pequeña galería

Los que derribaron la última roca: el ayudante Betassa, el ingeniero Bacilieri y el capataz de brigada Ribotto

había apagado la máquina que hacía funcionar los vaporizadores destinados á refrescar el aire, y los gases deletéreos acumulados desde hacía meses en la masa de agua estancada envenenaban la atmósfera. Y sin embargo, todos ellos daban por bien empleados sus sufrimientos y los peligros á que habían estado expuestos, y salieron del túnel cantando y bailando en los vagones y lanzando entusiastas vivas.—G. B.

(c) Ministerio de Cultura 2006

GUERRA RUSO-JAPONESA. – LLEGADA AL PUERTO DE DALNY DE PROVISIONES Y UTENSILIOS PARA EL EJÉRCITO JAPONÉS. (De fotografía de «Collier's Weekly.»)

CRÓNICA DE LA GUERRA RUSO-JAPONESA

La batalla cuyas primeras jornadas describimos en nuestra última crónica se ha generalizado en toda la línea, y por las noticias que de ella se reciben dejará atrás, en punto á encarnizamiento y pérdidas de los combatientes, á las que la han precedido en esta campaña, á pesar de haber sido éstas de las más reñidas y sangrientas que registra la historia.

Es imposible describir esta batalla, ó mejor dicho, esta serie de combates que se traban en un frente de 120 kilómetros y entre dos ejércitos que disponen en junto de 600.000 hombres y 2.500 piezas de artillería. Los informes han de ser necesariamente fragmentarios y sólo cuando la acción termine podrá obtenerse una impresión de conjunto; además, ni en los mapas más detallados pueden seguirse las peripecias de la lucha, porque en ellos no figuran la inmensa mayoría de los nombres que citan los generales en sus despachos, confusos, por otra parte, á causa de ir reflejando sin orden ni método las noticias que van enviando los jefes de cuerpo á los comandantes de destacamentos, barajando lo que ocurre en un ala con lo que acontece en la otra ó en el centro; y por último, como si todo ello no fuera bastante para desorientar á los que se interesan por las operaciones de la guerra, los corresponsales particulares y las agencias telegráficas hacen llegar al colmo la confusión, inventando victorias ó derrotas y exagerando los triunfos ó quitando importancia á los reveses, según sus intereses ó sus simpatías.

Lo único que cabe, cuando esto ocurre, es ir reproduciendo al día, con las debidas salvedades y los convenientes expurgos, según la conciencia profesional de cada periódico, las noticias de diversa procedencia para que el lector deduzca de ellas lo que más le convenga, si es que llega á orientarse en tan intrincado laberinto. Pero cuando hay que resumir los hechos acaecidos durante un período determinado; cuando en la imposibilidad de reproducir todo lo que se ha dicho, es preciso escoger lo más verosímil y presentarlo con cierto orden y claridad, la tarea del cronista ha de ser por fuerza deficiente y en muchos casos imposible.

Tal sucede con la batalla á que nos referimos. Expuestas las dificultades con que hemos de tropezar en nuestro relato, intentaremos resumir los hechos que desde el 19 de febrero último se desarrollan en el teatro de la guerra.

El ejército de Kuroki, que forma el ala derecha japonesa, inició su movimiento hacia el Nordeste, y después de varios reñidos combates que duraron algunos días, se apoderaron, según dijimos en nuestra crónica anterior, el 25 de Tsin-Che-Tcheng, empujando poco á poco á los rusos hacia el Norte y atacando las posiciones del centro del ala izquierda enemiga.

Hasta entonces, en el centro y en el ala izquierda japonesa sólo había habido algunos encuentros sin importancia; pero el 28, las columnas del centro comenzaron á atacar vigorosamente la colina Poutiloff y las de la izquierda pasaron el río Kun-Ho, más abajo de Tou-Tai-Tse y establecieron sus avanzadas en la dirección Noroeste, mientras las del ala derecha atacaban y ocupaban la posición rusa de Kao-Tu-Ling. Los rusos rechazaron los ataques dirigidos contra su centro y su derecha.

El 1.° de marzo, los japoneses del ala derecha siguieron avanzando en las direcciones de Ton-Si-Ling, Matuanglien y Kao-Tu-Ling; en el centro se aproximaron á la colina Poutiloff; y en el Oeste (ala izquierda) después de haber atravesado el Khun-Ho, remontaron el Liao-Ho. En todas partes los asaltantes presentaron masas enormes que avanzaban protegidas por un terrible fuego de artillería. Al anochecer la extrema ala derecha japonesa llegaba á las inmediaciones del desfiladero de Tong-Si-Ling (60 kilómetros al Oeste de Mukden), mientras el ala izquierda llegaba á Cha-Ling-Lo (16 kilómetros al Oeste de Mukden).

El día 2 los japoneses continuaron ganando terreno en el ala derecha; en el centro renovaron los ataques contra la colina Poutiloff, y en el ala izquierda, en donde la lucha fué más encarnizada y se sostuvo en medio de una horrible nevasca, después de un violento cañoneo preparatorio atacaron varias posiciones rusas, pero fueron rechazados. Los rusos, á su vez, comenzaron algunos contraataques con escaso éxito.

Aquel día quedó perfectamente definido el plan del mariscal Oyama, que consistía en un movimiento envolvente completo de Kuropatkine: en efecto, los japoneses hallábanse distribuídos en un arco de círculo de gran radio alrededor de Mukden que rebasaba las dos alas del ejército ruso; la columna de la derecha, mandada por Kuroki, estaba tocando casi al Khun-Ho, á 80 kilómetros al Este de Mukden, en tanto que cuatro divisiones del ejército de Okú sólo distaban 20 kilómetros al Oeste de aquella ciudad. Desde aquel momento, los dos extremos del arco estaban á punto de cerrarse.

El día 3, los japoneses del ala derecha atacaron la posición de Kao-Tu-Ling (Este de Mukden), siendo rechazados. En el ala izquierda, los japoneses se aproximaron hasta 200 pasos de las trincheras rusas, trabándose junto á ellas encarnizados combates, algunos á la bayoneta. La situación de ambos adversarios al terminar aquella jornada era la siguiente: al Este los rusos ocupaban todavía Kao-Tu-Ling, Mat-Sang-Tien y Tong-Si-Ling, es decir, las tres posiciones que desde el primer momento constituyeron el objetivo del ala derecha japonesa; en el centro, el tercer ejército ruso se mantenía firme en todas sus líneas del Cha-Ho, habiendo rechazado con éxito los ataques del enemigo; en el Oeste, los japoneses habían realizado importantes progresos, apoderándose enteramente de Ling-Si-Pu (la aldea que á medias han ocupado durante tanto tiempo japoneses y rusos), de Ta-Uan-Keu-Pu (25 kilómetros al Sudoeste de Mukden) y de Cha-Ling-Pu (10 kilómetros al Oeste de Mukden). Por este lado era, pues, por donde los japoneses pensaban hacer el esfuerzo decisivo, encomendado al ejército de Okú, reforzado con el de Nogi desde que terminó el sitio de Puerto Arthur.

El día 4, en el centro los japoneses, después de una lucha encarnizada, se apoderaron de Su-Kudzia-Pu, pero fueron rechazados sus ataques contra Cha-Ho-Pu y la colina Poutiloff; también lo fueron los que su ala derecha dirigió contra Kao-Tu-Ling y Kandolisan; en el ala izquierda ocuparon Chantán (á orillas del Khun-Ho), obligando á los rusos á replegarse en sus posiciones fortificadas del Sur de Mukden.

El día 5, los ejércitos de Okú y Nogi prosiguieron su movimiento de avance, ocupando varios pueblos próximos al ferrocarril y situados á 13 kilómetros al Sur de Mukden; pero en el resto de la línea no pudieron realizar ningún progreso, siendo rechazados todos sus ataques con grandes pérdidas.

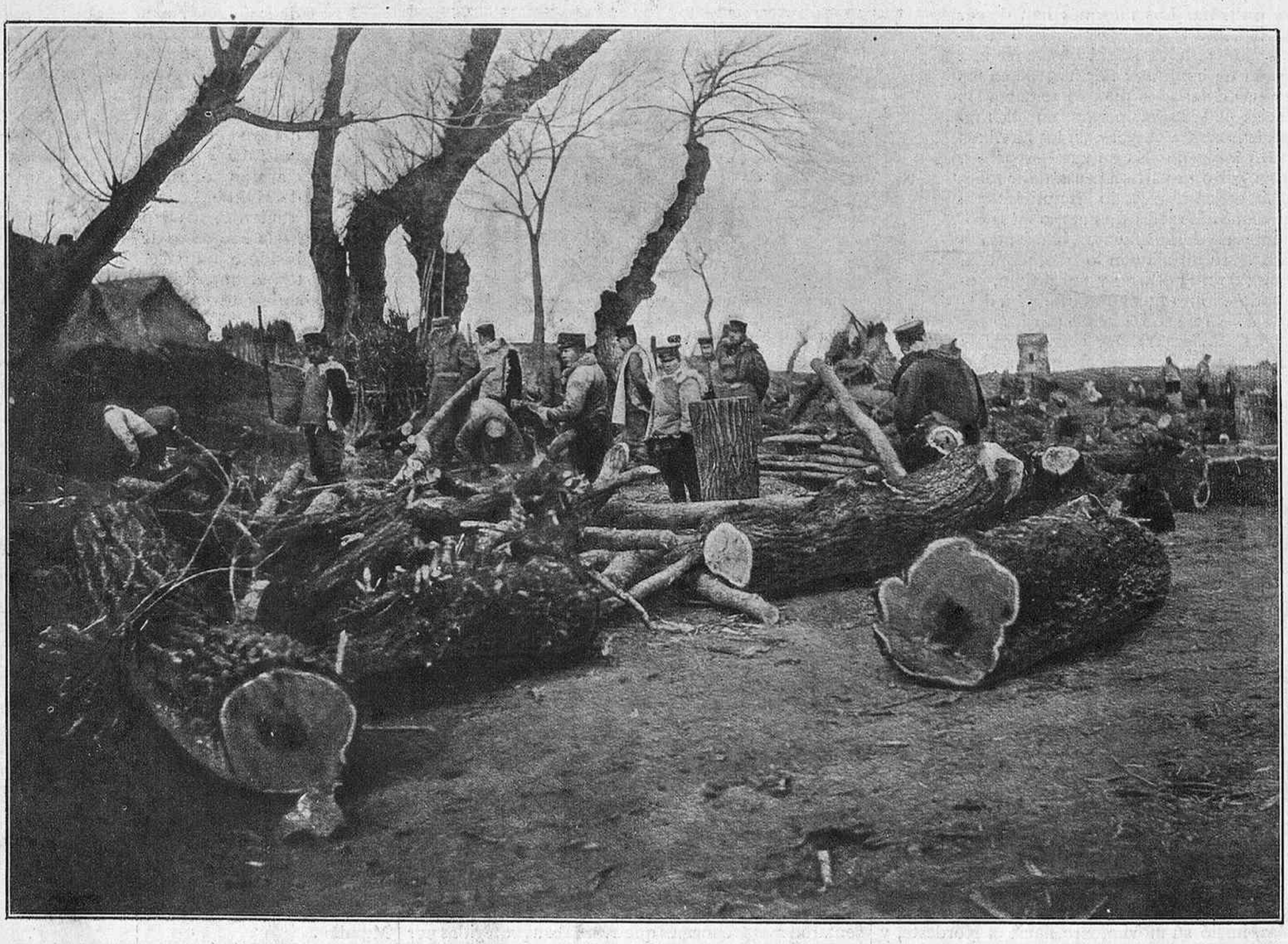
El día 6 Kuropatkine resolvió emprender un con-

GUERRA RUSO-JAPONESA. – Regreso á Europa del general Stoessel
El general y su esposa á bordo del *San Nicolás* en Port-Said. (De fotografía.)

(c) Ministerio de Cultura 2006

GUERRA RUSO-JAPONESA. – Los rusos en la aldea china de Sin-Min-Ting. (De fotografía.)

La aldea de Sin-Min-Ting está situada á 60 kilómetros al Oeste de Mukden, en el extremo del ferrocarril que viene de Pekín, en la orilla izquierda del Liao-Ho, en pleno territorio neutral. Esta población, de donde sacaban los rusos grandes cantidades de víveres, ha sido ocupada últimamente por un destacamento de caballería japonés, que cañoneó y saqueó la estación del ferrocarril y el cuartel chino.



GUERRA RUSO-JAPONESA. – Los japoneses cortando árboles en Sandepú para la construcción de viviendas subterráneas
(De fotografía de «Collier's Weekly.»)

Las temperaturas excesivamente bajas de la Mandchuria han obligado á los beligerantes á adoptar precauciones excepcionales para guarecerse del frío. Uno de los medios de que se han valido ha sido la construcción de viviendas subterráneas, para las cuales se han utilizado los árboles que en gran número han cortado rusos y japoneses, dejando devastadas las regiones en donde han acampado.

(c) Ministerio de Cultura 2006

(c) Ministerio de Cultura 2006

GUERRA RUSO-JAPONESA.—Un episodio de la marcha de los prisioneros de Puerto-Arthur en el camino de Dalny. (Dibujo de L. Sabattier.)

Un oficial ruso que ha regresado á Europa con el general Stoessel y que ha facilitado al artista el croquis y los datos para este dibujo, da de la escena en éste representada la siguiente explicación: «La marcha de nuestras tropas á Dalny fué un espectáculo de indecible tristeza; y aun parece que los japoneses se ingeniaron para hacerla más desconsoladora. En los altos, como los víveres escaseaban, los soldados hambrientos asaltaban los carros de provisiones. En cambio, se prodigaban el aguardiente y las bebidas fermentadas; y cuando un grupo de aquellos desdichados bebía más de lo conveniente, exceso muy disculpable, en seguida se presentaba un fotógrafo y sacaba una fotografía, poniendo bien en evidencia las botellas y hasta añadiendo otras. Estas fotografías serán luego reproducidas en los álbums oficiales de la guerra por los japoneses y así creerán documentar fielmente la historia.» El dibujo de Sabattier reproduce el momento en que un soldado japonés fotografía uno de aquellos grupos.

traataque; pero desgraciadamente era demasiado tarde para producir un gran resultado. Las reservas se habían fundido poco á poco con las líneas principales, y los japoneses, sólidamente fortificados en las posiciones conquistadas en los días anteriores, se hallaban en condiciones de oponer una viva resistencia. Pero de todos modos, esta vigorosa contraofensiva tuvo la ventaja de contener á los japoneses, y aun en ciertos puntos del centro y del Este consiguieron los rusos recuperar una parte del terreno perdido.

Hasta aquí llegan las noticias oficiales detalladas que tenemos á la vista al escribir esta crónica; pero los telegramas dan cuenta ya de haberse iniciado en la madrugada del 8 la retirada general de los rusos hacia el Norte, persiguiéndolos muy de cerca los japoneses, y habiéndose empeñado un sangriento combate en las inmediaciones de Mukden, á corta distancia de las famosas tumbas imperiales chinas.

Según un despacho oficial del mariscal Oyama, las tropas japonesas entraron en Mukden á las diez de la mañana del día 10, continuando, sin embargo, los combates en las inmediaciones de la ciudad.

Una nueva victoria del Japón ha puesto término á esta etapa de la guerra.

Las pérdidas que ambos ejércitos han sufrido han sido enormes: háblase de 50.000 rusos y 30.000 japoneses fuera de combate; no falta quien eleva la cifra hasta 100.000 y supone que las bajas de los japoneses han debido ser muy superiores á las de los rusos, cosa después de todo perfectamente natural, dado que los nipones atacaban á pecho descubierto y sus enemigos estaban atrincherados en fuertes posiciones. De todas maneras, esta batalla habrá sido una de las más sangrientas que registra la historia.

¿Corresponderán sus consecuencias á la enormidad del sacrificio que ambos beligerantes han realizado? ¿Habrá sido tan decisiva la derrota de Kuropatkine que obligue á Rusia á pedir la paz? Es muy dudoso, en primer lugar, porque el orgullo moscovita no se ha de avenir fácilmente á darse por definitivamente vencido; y en segundo, porque el Imperio ruso dispone aún de inmensos recursos para enviar, con más ó menos tiempo, nuevos ejércitos al teatro de la guerra; al paso que el Japón los tiene mucho más limitados y ha de costarle muchísimo reponerse de las pérdidas enormes á costa de las cuales ha conseguido esta nueva victoria.

Si la guerra continúa, es evidente que los japoneses suspenderán durante largo tiempo su avance, como lo suspendieron después de sus anteriores victorias. En el entretanto, Kuropatkine se fortificará en otra posición y allí irá recibiendo los refuerzos que su gobierno está resuelto á enviarle sin cesar. ¿Podrán los japoneses recibirlos en igual número que su adversario? ¿Podrá el Japón resistir tanto como Rusia esta guerra que hasta ahora ha sido de aniquilamiento? Los japoneses tienen, sin embargo, un factor poderoso en favor suyo, y es la situación interior del Imperio ruso, cada día más grave y amenazadora.—R.

MISCELÁNEA

Bellas Artes.—BARCELONA. – *Salón Parés.* – Ocupan preferente lugar en el vasto salón de exhibiciones las nuevas obras aportadas por varios artistas, entre ellas un hermoso retrato, de cuerpo entero, obra de F. Via, quien ha venido á demostrar las relevantes cualidades que posee para el cultivo de este género de pintura asaz difícil y tan preñado de escollos. El personaje retratado aparece sentado en amplio sillón, de manera que además de los rasgos fisionónicos que le asignan una edad provecta, su actitud y la pesadumbre de los años, acaban por representar con singular acierto su doble aspecto, puesto que se transparenta el espíritu, el carácter, el modo de ser del sujeto representado. Análogos elogios deben tributarse al pintor, ya que se presenta sobrio en el colorido, sin recurrir á efectismos, resultando el conjunto una obra que honra al artista que la ha ejecutado.

Otra vez aparece Dionisio Baixeras como pintor ruralista, como entusiasta cantor de las bellezas que encierra la región pirenaica catalana. Y consta que hoy como ayer, en el lienzo á que nos referimos como en los que han contribuído á formar su reputación artística, muéstrase como observador y como artista, ya que reproduce en toda su grandeza un paisaje invernal y los tipos de dos cazadores montañeses en la actitud de disparar sus escopetas contra un grupo de gacelas.

Digno también de mencionarse es un notable paisaje de Galvey representando un pinar, trasunto de la realidad, en cuya variedad de modalidades acredita el artista su perfecto conocimiento de la gama que amasa en su paleta, de la que surgen esas variantes que se observan en las rondas y de que tan rica y pródiga se muestra la tierra catalana.

Juan Brull ha aportado una preciosa cabecita, delicada y sentida cual las que tantos plácemes le han merecido, y el señor Pallejá dos retratos de niña, discretamente ejecutados.

Salón Robira. – El laureado autor del cuadro *Flevit super illam*, Enrique Simonet, ha expuesto un bonito cuadro de caballete, cuyo tema es tan sencillo como agradable, pudiendo estimarse como interesante estudio de color.

Fundición artística de Masriera. – Figuran en este establecimiento la reproducción, en menor tamaño del original, de la notable estatua de *La lavandera*, obra del escultor Sr. Montserrat, premiada en la Exposición Nacional de Bellas Artes; una armadura gótica, recomendable trabajo de fundición; el famoso busto de Carlos V, obra de Pompeyo Leoni, y varias piezas de bronce, entre ellas dos preciosos aquárium ó peceras.

– El reputado artista D. Pablo M.ª Bertrán y Tintoré ha publicado una colección de doce tarjetas postales, que reproducen algunas de sus más notables pinturas al óleo, entre ellas *Música Sacra*, cuadro premiado en la Exposición de Bellas Artes de Madrid; varios tapices que decoran las iglesias de Santa Ana y San Pedro de las Puellas de esta ciudad; las pinturas del ábside y murales de la iglesia del Manicomio del Hospital de la Santa Cruz, y dos vistas del taller del artista.

Espectáculos. – *París.* – Se han estrenado con buen éxito: en el Odeón *Ventres dorés*, comedia en cinco actos de Emilio Fabre; en el Teatro Nacional de la Opera Cómica *L'enfant roi*, poema lírico en cinco actos, letra de Emilio Zola, música de Alfredo Bruneau; en el Chatelet *Tom Pitt, le roi des pickpockets*, comedia de gran espectáculo en cuatro actos y diez y ocho cuadros de Víctor de Cottens y Víctor Darlay, con algunos números musicales de Mario Baggers; y en el Ambigú Cómico *La belle marseillaise*, comedia en cuatro actos y cinco cuadros de Pedro Berton, con algunos números musicales de Emilio Lassailly.

GUERRA RUSO-JAPONESA. – Sanitarios ciclistas conduciendo un herido durante el combate

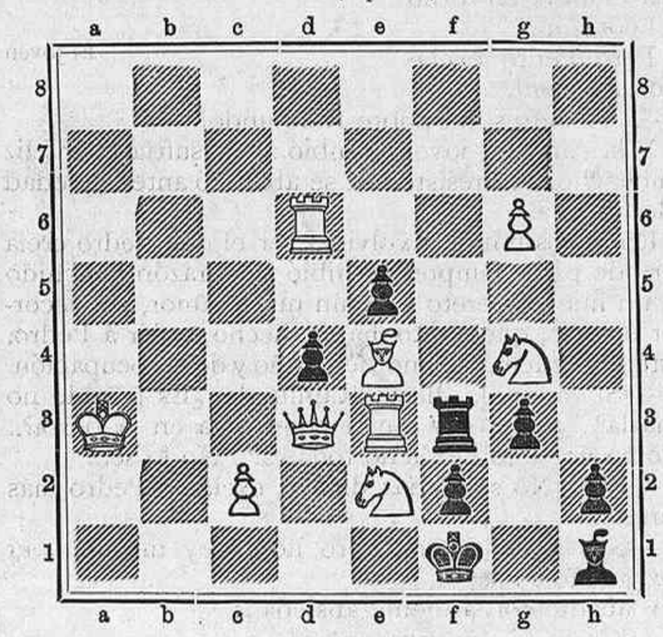
EL SULTÁN DE MARRUECOS HACIÉNDOSE TRADUCIR LOS DISCURSOS DE LOS PERIODISTAS FRANCESES QUE FORMABAN PARTE DE LA MISIÓN DEL SR. SAINT-RENÉ TAILLANDIER. (De fotografía de «Photo-Nouvelles.»)

BOUQUET FARNESE 29, Bd des Italiens. VIOLET

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 378, POR E. PRADIGNAT.

NEGRAS (8 piezas)



BLANCAS (9 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 377, POR M. CESKOVA.

Blancas.	Negras.
1. D d4 – h8	1. Cualquiera.
2. D mate.	

(c) Ministerio de Cultura 2006

SIN ILUSIONES

NOVELA ORIGINAL DE MAY ARMAND-BLANC.—ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONCLUSIÓN)

Pero excusado es decir que sus palabras no brillaron por ninguna de esas cualidades y fueron lo más triviales y pobres del mundo, aunque dirigidas oblicuamente á la candente cuestión:

—¿Vas á ver hoy á Lina?

Raimundo contestó sin desconfianza:

—Sí.., ¿por qué?

—¿Todos los días, entonces?..

Y fué aquello tan abiertamente torpe, que el desgraciado Pedro comprendió en seguida su error. ¡Quería conquistar la confianza de su hermano para atraerle á ciertas confidencias que creía necesarias, y empezaba por mostrarse agresivo! Al darse cuenta de su torpeza, trató de remediarla interrumpiendo á Raimundo, que le decía sorprendido:

—¡Cómo *entonces!* Bien lo sabes... y además...

—Sí, sí..., quiero decir..., no es eso..., pero, en fin, comprende... y responde francamente, mi querido Raimundo, te lo suplico...

Y suplicaba, en efecto, con los brazos y el corazón tendidos hacia el «muchacho,» tan frío, tan mudo y tan cerrado enfrente de él, y dispuesto á sublevarse á las primeras palabras.

—¿Pero estás loco? No tengo nada que decirte... ¿Qué quieres que te responda?

Y Raimundo añadió todas las pobres frases con que un propósito de silencio se defiende como con una muralla en torno del corazón.

Pero Pedro exclamó de repente:

—¡Tú sufres, mi pobre Raimundo!

Y la cara del joven cambió... Sí, sufría el infeliz muchacho, y su resistencia se ablandó ante la piedad y la ternura.

En pocos minutos volvió á ser el que Pedro creía perdido para siempre y exhibió su corazón henchido de un nuevo secreto y de un nuevo amor, sin recordar el otro, que tanto había hecho sufrir á Pedro. Éste le escuchaba lleno de cariño y de preocupación.

—¡Sí, la amo!.., decía Raimundo. ¿Es posible no amarla?.. ¿Hay otra mujer como ella en la tierra?.. ¿Cómo no se lo he dicho todavía?.. No lo sé...

—¡Ah! ¿No se lo has dicho?, exclamó Pedro más tranquilo.

—No, todavía no... Pero hoy, hoy mismo..., *es preciso* que yo sepa...

Y añadió con ardiente ansiedad:

—¿Crees que me escuchará?

Sin saber por qué, Pedro no concebía muy bien á Lina correspondiendo al amor de Raimundo; pero fuera de esa impresión enteramente personal, había otra consideración capital, y el hermano mayor dijo casi severamente:

—Pero, Raimundo, tú no puedes..., *no debes hablarla...*

El joven le miró estupefacto y Pedro tuvo entonces que explicarse. Después de lo que Lina había hecho por todos ellos, la gran diferencia entre sus posiciones respectivas prohibía á Raimundo «ofrecerle» un porvenir todavía problemático y un presente ridículo, cuando ella podía escoger entre los más ricos y los más célebres.

El joven la detuvo, la cogió el brazo y besó los encajes de la manga con todo el fervor

Pero Raimundo comprendía mal, evidentemente, y repetía con obstinación:

—Pero cuando se ama...

¡Oh! Sí, en esto Pedro era de su parecer; cuando se ama, esas cosas son mezquinas y no se piensa en ellas... Pero ese era precisamente el punto delicado: ¿amaba Lina á Raimundo?..

Y el instinto de Pedro, tan obstinado como el amor de Raimundo, decía que no.

Pedro, pues, volvió con paciencia y con ardor á sus exhortaciones y acabó diciendo:

—Aun cuando ella te escuchase, repito que no te corresponde hablar. Un hombre no puede debérselo todo á una mujer y tú debes ya bastante á Lina. Trata de mostrar voluntad una vez en tu vida, mi pobre Raimundo; nunca encontrarás mejor ocasión...

—Sí, tú hablas muy bien, exclamó el joven; bien se ve que para ti es cosa fácil... ¡Si supieras lo que yo sufro!..

Pedro se levantó y se puso á recorrer á zancadas la estrecha pieza como si quisiera devorar el espacio. Vacilaba y se ahogaba... Por fin se decidió de repente y dijo parándose delante de su hermano y poniéndole las manos en los hombros:

—¡Ah, niño perverso! ¡No adivinas nada! Nadie puede comprenderte mejor que yo, ¿oyes?, yo, que sufro el mismo martirio hace años... (Su voz temblaba.) Y soy mucho más desgraciado que tú, *porque yo no he cambiado...*

Raimundo bajó la cabeza y murmuró:

—¡Qué quieres!.. Yo no tengo la culpa.

Pedro siguió diciendo:

—Hoy puedo decírtelo; estaba dispuesto, hace un año, á sacrificarlo todo por tu dicha... Si fuiste desgraciado, yo también te diré que no fué por culpa mía.

—Lo sé..., lo sé..., perdón, balbuceó Raimundo.

Y apoyado en el pecho de su hermano, prorrumpió en sollozos apasionados y nerviosos, como una mujer.

Pedro aprovechó entonces aquella emoción (los más rectos tienen esas profundas astucias del corazón) y le arrancó la promesa que deseaba.

—Seré fuerte..., sí, me callaré..., te lo juro...

Y Pedro tuvo que contentarse con esa afirmación de energía balbuceada entre lágrimas.

Ya solo, unas horas después, no se sintió, á pesar de todo, mucho más tranquilo que antes; pero su pena era más dulce, porque había reconquistado un poco al «muchacho.»

Sin embargo, Pedro se abrumaba de reproches:

—¡Qué falta la mía al dejar establecer tal intimidad entre Raimundo y Lina! Hubiera debido conocer mejor á mi hermano y saber que si esa joven no me turba á mí mismo es porque yo pertenezco por entero á otra, pero tiene tales condiciones que debían inspirar amor á este muchacho...

Pedro recordó lo ocurrido en el año anterior y tuvo miedo por Raimundo.

—¿Qué hará?.. ¿Qué hace?, se repetía.

He aquí lo que hacía:

Habiendo encontrado el aire de un temple delicioso en aquella tarde de primavera, y cansado por la emoción reciente, Raimundo tomó un coche descubierto y se hizo llevar al bosque. Durante el largo camino, gozó físicamente de la belleza del tiempo y saboreó su melancolía, que realzaba con un nuevo sabor su flamante heroísmo...

Muellemente recostado en el rincón del carruaje, y al cabo de media hora, sus reflexiones se evaporaron en esta frase mascullada en voz baja:

—¡Haber prometido!.. ¡Qué mal he hecho! Porque, en fin..., ¿quién sabe lo que hubiera sucedido?..

Y la mirada acariciadora de sus grandes ojos velados y la tierna sonrisa de su boca se dirigían á una visión clemente y exquisita de su adorada, como él

(c) Ministerio de Cultura 2006

la llamaba siempre en el pensamiento. Al verle pasar, se le podía *tener por dichoso,* y lo era.

IV

DE LEJOS... DE CERCA

—¡Ay, amigo mío! ¡No puedo más! ¡Qué existencia!..

Y toda la persona de Lina expresaba la angustia y la derrota. Acababa de contar á Pedro una de las últimas escenas entre su padre y Rosita, en las que era ella la que soportaba, sola y sin compensación, la cólera de los dos, al tratar de calmarlos.

—Pero ¿por qué sigue usted aquí?

—Eso es lo que siempre acabo por preguntarme: ¿por qué?.. Creo que hubiera sido mejor realizar mi primer proyecto, porque, realmente, esto empieza á resultar gracioso á fuerza de ser triste... Para ser la primera vez en la vida que mi padre ha reclamado vivamente mi presencia, he tenido mala suerte... He sido débil, me he quedado, y ahora es más difícil separarme de ellos sin escándalo... Pero me siento ya sin fuerzas... Y después, esta es una situación idiota... Cuando he conseguido consolar un poco á mi padre y hacerle que se vaya á pasear y á distraerse, me cae encima la otra, ya por detrás, diciendo al mundo entero que yo la odio y le quito por envidia el cariño de su marido, ya de frente, lo que es preferible, aunque entonces la escena degenera á veces en pugilato... ¡Como usted lo oye! El otro día estaba viendo cuándo íbamos á cogernos del moño, como dos lavanderas... Ella es violenta... y yo no soy muy dulce... Pero es repugnante, palabra de honor, el llegar á ese caso...

Y humillada, rabiosa, con la cara lívida y los dientes apretados, Lina hacía pedazos las flores de un precioso ramo.

—Tiene usted razón, esto no puede durar..., dijo Pedro; pero ¿qué va usted á hacer?

—Creo que voy á buscar un pretexto cualquiera de salud y á escaparme á un rincón tranquilo este verano, con Julieta... A la vuelta, ya veremos...

—Es una buena idea.

—Y usted, ¿qué va á hacer?

—Precisamente vengo á hablar con usted de mi proyecto... Yo también me voy.

—¿Nos encontraremos acaso?, preguntó Lina sonriendo.

—No lo creo... Voy á tomar por mi cuenta una pequeña goleta y me llevo á Raimundo... Nos vamos á hacer una expedición marítima por ahí...

—¿Dónde se encuentra ese interesante país: por ahí?

—No sabemos todavía...

Los pétalos sangrientos de las flores llenaban el suelo, y la joven, en pie, dijo sacudiendo su larga bata plegada:

—Muy bien... Nadie le pregunta á usted sus secretos...

—La primera persona que sabrá adónde voy, cuando lo decida, será usted, dijo Pedro sencillamente.

Lina se volvió con viveza hacia él y respondió ofreciéndole la mano:

—Gracias..., perdón...

El encanto de su movimiento y de su sonrisa envolvió á Pedro, que volvió á fijarse en todos los detalles del estudio; esmaltes, mármoles, bronces, y arriba, en el friso, las máscaras de yeso de faunos y de sátiros que sonreían á su eterno enigma...

En aquella mirada entraba un adiós á todas aquellas cosas mudas, testigos de tantas horas encantadoras...

Como si hubiera adivinado su pensamiento, Lina le dijo:

—A pesar de todo, voy á echar de menos todo esto...

Y su ademán circular abrazaba toda la pieza. Pero la eterna bromista volvió á aparecer en ella y la joven añadió:

—Porque sepa usted que estoy irremisiblemente destinada á morirme de hambre, al paso que lleva mi querida madrastra... Voy á tener que volverme excesivamente modesta... Sí, hermano razonable, ya no le escandalizaré á usted con mis excentricidades. La renta que debo disfrutar me permitirá, acaso, por algún tiempo el *rumsteck* cotidiano y la estameña de los vestidos prácticos. Pero se acabaron las habitaciones de fantasía y las dalmáticas para andar por casa...

Y al ver el aspecto perplejo de Pedro, se echó á reir y tuvo á bien rectificar:

—Entendámonos... Todo lo que es de mi propiedad personal, lo conservo, lo que ya es algo, pues, aunque se va pasando con el tiempo y viene muy bien, yo he sido siempre un poco manirrota... Mi cuarto de Rohán será cerrado con llave hasta el día en que me lo lleve y lo haga reconstituir en el lugar de mis sueños...

—¡Ah! ¿Y se puede saber cuál es ese lugar?

—Es el mismo de usted: *por ahí*... No le conozco todavía.

—¡Ah! ¡Ahí está el correo, dijo Julieta; vamos á ver si hay cartas...

—Es tranquilo este país, ¿no te parece?, dijo Julieta yendo á sentarse al lado de Lina en el balcón de su departamento.

Delante de ellas se extendía el lago Leman, terso y de un azul brillante y dulce de piedra preciosa, que parecía una copa ajustada al relieve de las montañas borrosas y moradas. Y sobre aquellas montañas y por el hueco de la vega del Ródano, lleno de ligeras brumas, descendía en raudales cambiantes como el agua la luz de oro y de rosa de los crepúsculos de verano.

Hermosos árboles de fresco color y profusión de adelfas y de hortensias unían el jardín del hotel con el lago por su palpitación perfumada.

Lina, que estaba recostada en un sillón de junco y que, en verdad, se sentía muy cansada, convino en que aquel país era tranquilo..., pero hubiera necesitado otra cosa para la tranquilidad completa de su corazón.

Estaban allí hacía tres semanas, y como se encontraban bien, retardaban la continuación de su viaje. Tenían dos cuartos y un salón, se hacían servir las comidas aparte, no hablaban con nadie y no se aburrían jamás.

Su cariño se había hecho profundo y encantador.

Entre Lina, tan mujer por el amor y por las penas, y Julieta, cuyos quince años no habían sido aún turbados por los cuidados, había ese acuerdo perfecto del corazón que crea las verdaderas intimidades.

—¡Ah! Ahí está el correo, dijo Julieta; vamos á ver si hay cartas...

Había una de Margarita para Julieta, y en un sobre á su nombre, Lina reconoció la letra de Pedro.

La joven pasó mucho tiempo leyendo aquellas páginas y Julieta preguntó:

—¿Dónde están? ¿Cómo les va?

—Han tenido que detenerse en las costas de Bretaña... Raimundo no está bien...

—¡Ah!.. ¿Qué tiene?

—Pedro habla de fiebre..., de anemia...

—Entonces, malas noticias en toda la línea.

—Pues qué, ¿también Margarita está mala?

—Toma; lee...

Lina leyó una carta ambigua, vaga y desanimada, una confesión de amargura y de pena, muy chocante en aquella joven de exuberante energía.

«No puedo ya trabajar... Me parece que estoy vacía, acabada..., y lo peor es que me es igual... Por lo demás, si no fuera por el dinero, por la carrera, por la necesidad de trabajar, lo echaría todo á rodar de mejor gana... El arte parece hermoso de lejos; pero cuando se le ve de cerca y por el lado del oficio... Y luego, tengo que ver gentes que me repugnan y me fastidian... Pienso algunas veces que debo de estar enferma para ver el vacío de las cosas hasta ese punto, y me pregunto con estupor si soy yo la que tanto se interesaba por todas esas cosas... Pero no; entonces era una loca y una estúpida y ahora es cuando lo veo todo claramente...»

—Se engaña..., dijo Lina interrumpiendo su lectura y arrugando con rabia el papel; ahora es cuando hace una locura escribiéndote á ti esas cosas... Yo la responderé y veremos eso...

Julieta le cogió la mano y dijo acariciándosela dulcemente:

—No, no, pobre Margarita; está sola, sin nadie á quien querer ni que la quiera... y eso es triste... Cree que su tristeza y su cansancio es del pensamiento y se engaña, porque es del corazón...

—¡Mira, tú, Julieta, te detesto y te prohibo que hables con esa voz, como si temieras despertar á alguien!..

Y Lina se puso á besar á la niña. Después, mientras, estrechamente abrazadas, guardaban silencio mirando la poética postura del sol, la joven escuchó á su corazón... No, ya no latía fuerte y rápido como en otro tiempo, ni sentía aquella convulsión terrible y deliciosa que sumía en un vértigo á su pensamiento y á sus ojos... Su corazón se había hecho sensato..., y aquella resignación de agonía era tan triste, que Lina prorrumpió en lágrimas desesperadas é irresistibles, como ante la muerte de un ser adorado... Era su amor que se moría, porque el corazón se cansa al fin de vivir sin respuesta...

Lina no supo si Julieta había sorprendido aquella explosión inusitada. Pero no cambiaron en aquel momento ni una palabra ni hablaron de eso jamás.

Aquella fué la última convulsión de la pena de Lina, y la obra de reposo se fué completando, lenta y segura, en la gran calma de la naturaleza. Hubiera querido que nunca terminase aquel verano, pensando con terror en las complicaciones que le esperaban al volver á París. ¿Dónde y cómo se instalaría?

Sentía tal horror del mundo y de sus hipocresías, que pensó seriamente en comprar la casa deshabitada de los alrededores de Royan, que ofrecería á sus recuerdos el encanto de aquel melancólico jardín.

Pero Julieta no aprobó aquel plan y hubo que pensar otra cosa.

Entre tanto, todas las semanas llegaban de los puertos bretones cartas de Pedro, y otras de Margarita, instalada con su familia en Fontainebleau, que llevaban á Lina y Julieta un soplo de malestar y las dejaban pensativas.

Pedro, demasiado sincero á pesar de sus esfuerzos, no podía disimular su inquietud respecto de Raimundo; y las quejas de Margarita, vagas al principio, se iban precisando. En una carta á Lina le contaba que uno de los Rivaz le hacía delicadamente la corte, á pesar de lo cual y de las ventajas físicas y de todas especies de aquel joven, ella sentía hacia su amor y su persona una frialdad y hasta una repugnancia inexplicables... No lo eran para Lina, que lo único que no comprendía era el silencio de Raimundo.

—¡Qué perezoso!, le decía á Julieta; no ha tenido tiempo ni ánimo para escribir una línea...

Julieta no respondía.

* * *

No..., ni una línea... Pedro sabía bien lo que había hecho llevándose á Raimundo á su lado con pretexto de aquel viaje, pues así le vigilaba sin que lo pareciese y el joven no se atrevía á faltar abiertamente á su famosa promesa...

Pedro, sin embargo, se decía algunas veces:

—¿Quién sabe?..

Ahora que veía de lejos el conjunto de las cosas, no le parecía tan seguro el no haberse engañado en su intervención. Y sus escrúpulos se debilitaban con las confidencias de Lina sobre su futura posición material.

Veía con tristeza languidecer á su pobre Raimundo, pero resistente á la pena y al que no distraían ni los grandes horizontes del mar ni las rudas y pintorescas costas en que vive todavía un poco de la vieja y agreste alma celta.

Había además mil pequeños detalles que molestaban grandemente al refinamiento del muchacho.

Pedro, que se levantaba con el alba y tomaba parte activa en la maniobra ó daba enormes paseos por las costas, mostraba en las comidas un apetito

(c) Ministerio de Cultura 2006

voraz, mientras Raimundo, que pasaba el día echado, leyendo ó embriagándose con sus recuerdos de una elegante dulzura, torcía el gesto ante las sopas de coles y los grandes platos de mariscos, aderezados con salsas de ajos, y sentía un gusto muy moderado por las pesadas tortas de manteca, que le hartaban, según decía, sólo con verlas.

Después de haber prolongado la probatura durante unas semanas, Pedro tuvo que echar de ver un profundo antagonismo entre aquella manera de vivir y aquel temperamento. Y una noche anunció á Raimundo que iban á volverse á París.

—Estamos, dijo, á fin de septiembre y es ya tiempo de que reanudes tus relaciones en París y te prepares trabajo para el invierno...

—¡Para qué!.. Si crees que tendré valor para hacer nada!.. Siempre solo!..

Pedro no le dijo:

—¿Y yo, no soy nadie?

Pero se le oprimió el corazón: era duro el ver sufrir así al «muchacho.»

—¿Quieres que volvamos á vivir juntos, le preguntó tímidamente.

Raimundo encontró razones para rehusar, pensando en la existencia libre que podía ser poblada por el azar y por su fantasía.

Pedro le oyó toda la noche dar vueltas en su estrecho camastro y volvió á pensar con angustia si se habría equivocado al emprender aquel sistema con su hermano.

Al día siguiente Raimundo escribió á Lina. No razonó y cedió á su deseo imperioso como dominado por la fiebre.

«Volvemos á París, decía... No sé si me alegro, pues no puedo estar ya contento por nada... Pero he pasado un verano tan terrible, he sido tan desgraciado, que París me representa una especie de alegría, porque allí encontraré un poco de usted en todos los sitios por donde hemos pasado juntos... Esperando que usted vuelva, pensaré todos los días en el momento de volverla á ver y de admirar sus ojos y su sonrisa...»

Y así continuaba aquella eterna y trivial canción amorosa, de palabras siempre iguales. Inconsciente, Raimundo exhalaba en sus frases todo su amor sin decir «te amo...,» y habiendo repetido tanto esta palabra en su corazón, olvidaba que nunca la había dicho y que había prometido no decirla...

Lina leyó aquella carta con estupor, y dijo en voz alta, sin darse cuenta de ello:

—¿Me ama, entonces?

Y se estremeció al oir la voz de Julieta.

—¿Es de Raimundo?

—Sí...

—¡Pobre Raimundo!

—¡Cómo! ¿Por qué?.. ¿Qué quieres decir?..

—¡Te ama tanto!

—¿Pero cómo sabes?..

Julieta se sonrió tiernamente.

—¿Qué cómo lo sé?.. La cosa era clara y todo el mundo lo sabía... Sólo tú no veías nada, y por eso he dicho: pobre Raimundo...

Lina recordó entonces mil hechos que surgían de la sombra de su ignorancia pasada, y comprendió de repente cuál había sido aquella gran pena, única que Pedro le había ocultado.

Y la penetración, grande sin embargo, de Julieta, no comprendió las profundas razones de la decisión de Lina cuando ésta le dijo al día siguiente:

—Nos volvemos á París...

* * *

Margarita y Lina salieron al bosque, en el que brillaba ya el magnífico encanto del otoño.

Hacía ocho días que Lina estaba observando á Margarita, para lo cual había ido expresamente á la casita de Samois en que los Avesne habían pasado el verano. Y ahora ya no dudaba, sólo esperaba una ocasión para saber á qué atenerse.

Por eso aquel día, después de almorzar, Lina había propuesto á Margarita dar solas un paseo por el bosque.

Como sucede en ciertos momentos decisivos de la existencia después de un exceso interior de pensamiento y de emoción, Lina estaba sufriendo la obsesión de una frase que surgía constantemente en su memoria como un estribillo, y esta frase era el verso de Víctor Hugo:

Y yo siento la paz
de la naturaleza
entrar en mi corazón.

Aquel ritmo, sin embargo, la ponía nerviosa. Lina hubiera querido estar en posesión de su plena lucidez para conducir la conversación que era inevitable.

En efecto, por una reacción natural, Margarita, libre de la fiebre intelectual en que había vivido más de un año, se refugiaba en los sentimientos más dulces que la habían rodeado en otro tiempo. De este modo, manifestaba á Lina un gran cariño y parecía complacerse en recordar los tiempos difíciles de su primera amistad.

Bastaba, pues, muy poca cosa para abrir aquel corazón que se había vuelto tan tierno; solamente el contacto de otro corazón, la armonía maravillosa de la naturaleza en aquella hora clemente del otoño.

Cansada de estar sola y de ser indiferente, llena de pesares y de deseos, Margarita debía decirlo todo bajo aquellas influencias irresistibles.

Empezó por repetir las quejas formuladas en sus cartas: soledad, vacío de las cosas, inutilidad del esfuerzo diario en una vida tan vana...

Lina dijo lentamente:

—Existe el amor...

—¿El amor?, respondió Margarita con amargura; ¿sé yo, acaso, lo que es? ¿Lo sabe alguien? Creo que se habla de él mucho más de su realidad... Casi todo lo que se decora con ese nombre no lo merece...

Lina sonrió, viendo que Margarita pretendía haber descubierto una cosa nueva.

—¡Pobre amiga mía! ¿Hoy echas de ver eso? Y añadió, insinuante y tierna, mirando á su amiga á los ojos:

—Pero, oye..., cuando una se indigna tanto con el amor, es porque ama...

—¿Amar yo? ¡Dios mío!.. ¿A quién?, dijo Margarita con evidente mala fe; ¿no te he hablado de Rivaz y de la perfecta indiferencia que me inspira?

—Cuando se es «perfectamente indiferente» para un amor, es casi siempre porque se tiene otro, replicó Lina.

—Yo no sé si amo, dijo Margarita muy bajo, pero quisiera amar... Hemos hablado ya mucho tiempo de estas cosas, un día, en tu estudio... ¿Te acuerdas?

Sí, Lina se acordaba. Entonces no conocía á Pedro, su corazón estaba vacío y también ella deseaba ardientemente iluminarlo con un sueño.

—Ya pensaba yo, dijo, que no estarías siempre fuerte y helada... Te quiero más como ahora eres...

Margarita no debía saber jamás lo que había costado á su amiga la posibilidad de pronunciar tranquilamente aquella frase, al parecer tan sencilla. Sin

—¡Qué bello es esto!, dijo Margarita. —Sería un hermoso cuadro, respondió Pedro. ¿Por qué no lo hace usted?

(c) Ministerio de Cultura 2006

embargo, aquella noche, al recordar la actitud y las palabras de Margarita, Lina suspiró y dijo en voz baja:

—¡Qué lástima!..

Porque sentía que Margarita no daría nunca á Pedro un amor como el que él la profesaba...

Pedro encontró una vez más á Lina en su estudio del bulevar Pereire cuando fué á verla, llamado por una tarjeta neumática.

La joven le entregó en seguida la carta de Raimundo y él la leyó. ¡Así le había cumplido su promesa!.. Pedro, sin embargo, no sintió asombro ni despecho.

Pedro se quedó mirando á Lina con tal expresión de perplejidad, que la joven no pudo menos de reir, aun no teniendo gran gana de hacerlo.

—Y bien, le dijo, ¿qué adelantamos con mirarnos así, como dos augures?

—Nada, confesó Pedro.

—¿Es así, continuó Lina, como tiene usted confianza en mí? Era, sin embargo, muy sencillo decirme la verdad; soy bastante grande para oirlo todo... ¡Y por cierto que le ha dado á usted buen resultado el obrar solo! ¡Como si fueran demasiado dos personas para encargarse de ese niño terrible!.. Para usted pueden ser buenos esos tratamientos marítimos y agrestes, pero no creo que han sido muy eficaces para él... Vamos..., envíemelo usted y veremos lo que hay que hacer...

Pedro la escuchaba sin comprenderla y se sentía invadido por un vago remordimiento...

¿Por qué?.. Pedro no tenía tiempo para reflexionar; era aquello demasiado complicado... Y exclamó sencillamente:

—Pero, vamos á ver, usted no le ama; y en ese caso...

—Eso no le importa á usted, dijo Lina.

Y cerró á medias los ojos.

Pedro no sabía qué decir. No podía esperar aquello, y la sencillez con que se desenlazaba la situación le desconcertaba hasta tal punto, que no la encontraba natural.

Maquinalmente repetía:

—Pero, en fin, ¿no le ama usted?..

Y ella le respondía evasivamente:

—¡Hay tantas maneras de amar!..

—Dispense usted..., yo creo que no hay más que una, dijo Pedro muy grave. ¡Con tal de que usted no se engañe!..

—No me engaño, amigo mío, dijo Lina muy despacio.

Ambos se quedaron callados un momento, pero Lina tuvo miedo de aquel silencio, en el que Pedro podía comprender demasiado, y se levantó.

—Está convenido, ¿verdad? Envíemele usted..., le espero mañana... Y ahora tengo que decir á usted otra cosa: vaya pronto á Samois. Margarita no está alegre y creo que necesita ver á usted...

—¡Cómo dice usted eso!, exclamó Pedro. ¿Acaso?..

—¡Oh! Nada de preguntas... Digo lo que sé, y sé muy poco... Vamos, necesito echarle á usted... Es tarde y hoy no como en casa...

Tenía prisa por estar sola, y sin embargo, no sufría mucho..., casi nada. Hasta sentía cierta extraña felicidad en no ser dichosa según su ilusión, y miraba las de los demás como se mira, en los primeros días del invierno, el vuelo de los pájaros emigrantes que surcan el cielo claro y frío...

V

¿CUATRO FELICIDADES?

—¡Cuánto la amo á usted! ¡Qué feliz soy!

Hacía una semana que siempre era lo mismo. Raimundo llegaba á las tres y envolvía á Lina en palabras de caricia y de adoración, la miraba con devoción hablar y moverse, y ella le decía con ternura é indulgencia:

—¡Qué loco! ¡Qué niño!..

Pero había tan fuerte dulzura en aquel idólatra frenesí de ardiente juventud, que Lina estaba más conmovida de lo que hubiera creído.

Existe una especie de embriaguez en proporcionar una gran dicha, y Lina, después de las grandes heridas de su corazón cerrado, se abandonaba con debilidad de convaleciente al encanto de ser amada. Y aquel abandono le daba una gracia que aumentaba más y más la fiebre de Raimundo.

Pero, como todos los días, Lina preguntó á su enamorado:

—¿Ha ido Pedro á Samois?

La respuesta había sido siempre negativa; pero aquel día dijo Raimundo:

—No, pero he almorzado con Pedro, y después de almorzar ha llegado Margarita para hablar con él... Los he dejado juntos.

Lina se levantó y pasó por delante de él. El joven la detuvo, la cogió el brazo y besó los encajes de la manga con todo el fervor de esas niñerías amorosas.

Generalmente, Lina se sonreía en tales casos y se separaba repitiendo:

—¡Qué loco!.. ¡Qué niño!..

Pero aquel día no dijo nada ni se retiró, y á través del ligero tejido, el beso se apoyó en su brazo desnudo. Lina cerró los ojos y el joven se levantó, la estrechó contra su pecho y dijo con voz ahogada:

—¡Oh! ¡Bien mío!.. ¡Dime que me amas!..

La joven abrió los ojos; le vió profundamente suyo y que sería lo que ella le hiciera ser; adivinó en él esa deliciosa sumisión de adoración ciega que ella había tenido para otro, y suspiró débilmente, pero pudo responder sin mentir:

—Sí..., te amo.

***

—Voy á acompañar á usted, dijo Pedro á Margarita, después de hablar de la venta de uno de sus cuadros, que era el pretexto de que la joven artista se había servido para ir á verle.

Impulsada por una fuerza obscura, no había podido resistir el deseo de saber por sí misma qué había sido de Pedro, mientras éste, presa de una loca vacilación, no se había atrevido todavía á seguir el consejo de Lina, temiendo una decepción suprema.

Y durante aquella tarde no había habido medio de que ni el uno ni la otra vieran claro. Los dos habían errado en la idiota trivialidad de las frases, como dos ciegos voluntarios andando á tientas entre las cuatro paredes de una estrecha pieza. Ambos estaban tristes y ambos se esforzaban por parecer alegres y naturales.

—¿Se vuelve usted á Samois?, preguntó Pedro.

—No; tengo que hacer mañana en París y voy á pasar la noche en mi casa de la calle de Laugier... Tomemos por el muelle, si usted quiere, y andemos un poco...

Eran las cuatro. El Sena desarrollaba la doble cinta de sus aguas, y en la punta de la isla de San Luis un grupo de árboles sacudía en el río la cabellera dorada de sus ramas.

Margarita quiso encontrarse debajo de aquel follaje enmohecido, en el sitio donde recordaba haber paseado, muchos años antes, sus jóvenes ilusiones.

Fueron, pues, y sus ilusiones presentes los envolvieron en un encanto opresor, combinadas con el alma misteriosa de la ciudad, que parecía surgir como una mirada al reflejo de las casas reproducidas en el río, é irradiarse triunfante hasta el cielo, enrojecido por un crepúsculo de otoño.

—¡Qué hermoso es esto!, dijo Margarita.

—Sería un hermoso cuadro, respondió Pedro. ¿Por qué no lo hace usted?

—¡Oh! No me hable usted de cuadros... Es deprimente y seco el no ver más que un «asunto» en todas las sensaciones... La pintura ha acaparado los dos años más hermosos de mi vida, y ahora que me doy cuenta de ello, la detesto...

—¡Siempre violenta!.., dijo Pedro sonriendo... Como hace tres años; ¿se acuerda usted?

—Me acuerdo... No se ría usted, porque soy muy desgraciada...

Su voz temblaba, y al contacto de un vientecillo frío de invierno que caía del cielo y se mezclaba con la bruma de las aguas, su cuerpo fué presa de un estremecimiento. Pedro lo vió y preguntó con ansiedad:

—¿Tiene usted frío?

Y nunca pudo recordar después lo que había sucedido... Sabía únicamente que Margarita le había mirado de repente con unos ojos... ¡Oh! Unos ojos que le inundaron de dicha... Después, sin saber cómo, se habían encontrado muy juntos, él sosteniéndola, protegiéndola, queriendo á todo trance envolverla con su gabán, y ella llorando y riendo al mismo tiempo y diciendo: «¡No, no!..,» sin dejar de obedecerle. Y cuando estuvieron en su coche, decididos á ir en seguida á casa de Lina, los dos dijeron juntos, muy bajito: «Somos felices...»

***

Cuando los vió entrar, Lina comprendió, se acercó á ellos, dió la mano á Pedro, besó á Margarita y se volvió después hacia Raimundo. Pedro había tenido un momento de vacilación y de molestia al ver á su hermano, recordando el pasado..., pero Raimundo exclamó con un acento sincero, que probaba su completo olvido:

—¡Al fin! Ya estáis de acuerdo...

Después de las primeras palabras y cuando Lina les leyó una carta de su padre, en la que Morel se mostraba satisfecho de su casamiento con Raimundo, Margarita exclamó:

—De modo que estamos aquí cuatro felicidades reunidas... Es raro...

—Muy raro, dijo Lina.

—¿Recuerda usted, preguntó Raimundo, el tiempo en que llamaba á Pedro *sin ilusiones*, porque le ofrecía *foie gras* cuando usted le hablaba de poesía y de gloria? Me parece que, para no tenerlas, no se ha portado mal...

Lina pensó en los ausentes:

—Hay que enviar un telegrama á tu madre y á Julieta, dijo á Margarita.

—Tienes razón; yo lo pondré al marcharme...

—No, tú no te vas... Vamos á comer juntos los cuatro esta tarde... Escribe el parte é irán á llevarlo.

Pero Margarita, sintiendo algún remordimiento por su corto olvido, quiso absolutamente ir ella misma.

Pedro la acompañó. Media hora después volvía solo al estudio de Lina y encontraba á ésta también sola.

—¿Dónde está Raimundo?

—Ha ido á comprar rosas como á mí me gustan... Dice que nadie las escoge como él... ¿Y Margarita?

—Va á venir... Está en su casa y se ha quedado con el coche... Supongo que quiere cambiar de traje, porque me ha dicho que me marchase...

—Henos aquí, pues, abandonados, nosotros, los serios...

Lina iba y venía, dando órdenes y arreglando las flores y los libros. Pedro la estaba mirando y dijo de pronto:

—De modo que es usted dichosa...

—¿Y usted?

—¿Yo? No deseo nada más en el mundo. Tengo la mujer que quiero y Raimundo va á ser feliz con usted.

Entonces dijo Lina:

—Sí, soy dichosa...

Pedro siguió diciendo con gran sinceridad:

—Es que si no lo fuera usted, tendría yo una gran pena y un remordimiento..., porque usted ha sido una hada para todos nosotros, una especie de milagro viviente... Basta que usted intervenga en un asunto para que todo se arregle y se vuelva perfecto y delicioso... Debe usted de tener algún secreto... Si no, no es posible...

—Sí, lo tengo, dijo Lina riéndose con una risa tan dulce, tan dulce, que no se sabía si era de alegría maliciosa ó una magia de tristeza.

—Dígamelo usted...

—¿Mi secreto? ¡Ah, no!..

—¿Por qué?

—Porque perdería su virtud...

—¿La tendrá siempre?

—Así lo espero...

—¿No le sabremos nunca?

—¡Jamás!..

—¿De qué se trata?, preguntó Margarita que entraba.

—De nada..., respondió Lina; soy yo, que estoy diciendo locuras, como siempre...

Traducción de F. Sarmiento.

(c) Ministerio de Cultura 2006

LIBROS ENVIADOS

Á ESTA REDACCIÓN

EL ARTE DE AGRADAR, por la *condesa Araceli de la Sierra*. – No se trata en este libro de fórmulas para conservar ó aumentar la belleza física, sino de atinadísimos consejos y profundas observaciones sobre el modo de conquistarse las simpatías en el trato social. Consultándolo y poniéndolo en práctica se aprende á hacerse agradable en las visitas, á apreciar el valor de la franqueza y de la confianza, á salvar los escollos de la audacia y de la timidez, á comprender el valor de los regalos y lo que significan las presentaciones, la correspondencia, las conversaciones, las amistades, etc. Editado en Madrid por Bailly-Bailliere é Hijos, se vende á 1'50 pesetas en rústica y á dos encuadernado en tela.

EL ALGODÓN. SU CULTIVO, PRODUCCIÓN Y COMERCIO, por el *Dr. Rodríguez Navas*. – Las recientes disposiciones dictadas por el gobierno español para estimular el cultivo del algodón, han impulsado á los editores de Madrid Sres. Bailly-Bailliere é Hijos á publicar esta obra cuya importancia se patentiza con decir que en ella se describe la planta, se da á conocer la composición química del algodón, se explican las reglas para la elección de terreno, las labores y operaciones para su mejor cultivo y la recolección; se analizan los accidentes, enfermedades y parásitos de la planta y se estudian su producción y comercio y las disposiciones vigentes relativas al mismo. Forma un tomo de 160 páginas con varios grabados; que se vende á 1'50 pesetas en rústica y á dos encuadernado en tela.

ESQUELETO DE DINOSAURO RECIENTEMENTE INSTALADO EN EL MUSEO DE HISTORIA NATURAL DE NUEVA YORK

(De fotografía de «Photo Nouvelles.»)

Este esqueleto notabilísimo ha sido descubierto hace poco tiempo en el Estado de Wyoming: mide 66 pies desde la cabeza á la punta de la cola y es el animal prehistórico de mayores dimensiones de cuantos hasta el presente se han encontrado. Se han necesitado dos años para desenterrarlo y transportar sus piezas y tres años para montarlo. La cabeza, que no pudo ser conservada, ha sido reproducida artificialmente.

MANUAL DEL MECÁNICO. FORJA Y FUNDICIONES, por *Georges Franche*, traducida por *D. Enrique Pineda*. – En esta obra, tercera parte del Manual del Mecánico, se estudia de una manera fundamental y detallada todo lo relativo á forja y fundiciones, explicando clara y prácticamente todos los trabajos, desde los ensayos del hierro hasta las últimas operaciones de fundición del mismo. Asimismo trata de la fundición del acero y del cobre. Forma un tomo de más de cien páginas con 143 grabados, editada en Madrid por P. Orrier, y se vende á 1'50 pesetas en rústica y á dos encuadernada en tela.

ZADIG, por *Voltaire*. – La «Biblioteca Diamante,» que con tanto éxito edita en esta ciudad D. Antonio López, ha publicado en un tomo la novelita que le sirve de título y además la titulada *Micromegas*, ambas de Voltaire. Las dos pertenecen al género de la novela filosófica, y en ellas brillan todas las cualidades literarias que tanta celebridad han conquistado al gran satírico del siglo XVIII. Véndese el tomo á dos reales.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACION ARTISTICA diríjanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse a D. Claudio Rialp, calle de Provenza, 256, Barcelona

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las ***Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos,*** de los ***Reumatismos, Dolores, Lumbagos,*** etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.
Exigir la Firma WLINSI.
DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Seine.

APIOLINA CHAPOTEAUT
SALUD DE LAS SEÑORAS
(NO CONFUNDIRLA CON EL APIOL)
Es el más enérgico de los emenagogos que se conocen y el preferido por el cuerpo médico. Regulariza el **flujo mensual**, corta los **retrasos** y **supresiones** así como los **dolores** y **cólicos** que suelen coincidir con las **épocas**, y compremeten á menudo la salud de las Señoras.
PARIS, 8, rue Vivienne, y en todas las Farmacias

Las
Personas que conocen las
PILDORAS
DEL DOCTOR
DEHAUT
DE PARIS
no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

VINO AROUD (Carne-Quina) el mas Reconstituyente prescrito por los medicos, con base de Vino generoso de Andalucia preparado con jugo de carne y las cortezas más ricas de quina es soberano en los casos de: Enfermedades del Estómago y de los Intestinos, Convalecencias, Continuación de Partos, Movimientos febriles é Influenza. Todas Farmac.

REMEDIO DE ABISINIA EXIBARD
En Polvos, Cigarillos, Hojas para fumar
SOBERANO contra
ASMA
CATARRO, OPRESIÓN
y todas Affecciones Espasmódicas de las Vias Respiratorias.
30 AÑOS DE BUEN EXITO
MEDALLAS ORO y PLATA.
FUMIGATION
MARCA DE FABRICA REGISTRADA.
PARIS, 102, Rue Richelieu. — Todas Farmacias.

PATE EPILATOIRE DUSSER destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. **50 Años de Exito**, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en **cajas**, para la barba, y en 1/2 **cajas** para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el ***PILIVORA.*** **DUSSER**, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris

(c) Ministerio de Cultura 2006

Recuerdo de la llegada de S. M. el rey D. Alfonso XIII en Barcelona, cuadro de Juan Pinós

Cuantos presenciaron la entrada de S. M. el rey D. Alfonso XIII en nuestra ciudad, apreciarán en todo su valor la verdad del cuadro del celebrado pintor Sr. Pinós, que representa el paso del joven monarca por la Rambla del Centro, en donde fué objeto de una cariñosa y entusiasta ovación. Aparte de la exactitud de la escena, la obra, desde el punto de vista pictórico, resulta perfectamente trazada, sus figuras tienen vida y movimiento, y ofrece un conjunto en extremo pintoresco con detalles de color acertadísimos. El cuadro ha sido expuesto en esta capital y su autor se propone exhibirlo muy pronto en Madrid, en donde de seguro obtendrá el mismo éxito que aquí ha logrado.

COLORES PÁLIDOS
AGOTAMIENTO
GRAJEAS Y ELIXIR
RABUTEAU
El mejor y más económico
Ferruginoso.
CLIN Y COMAR, PARIS. — *En todas las Farmacias.* 654

AVISO Á LAS SEÑORAS
EL APIOL DE LOS DRES JORET y HOMOLLE
CURA
LOS DOLORES, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS
Fia G. SÉGUIN — PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

SE RUEGA EXIGIR SIEMPRE
LOS VERDADEROS Y EFICACES
PRODUCTOS BLANCARD
ANEMIA
COLORES PÁLIDOS
EMPOBRECIMIENTO de la SANGRE
Escrófulas, etc.
PILULES de BLANCARD
APROBADAS por la Academia de MEDICINA
FABRICA DE BLANCARD
al IODURO de HIERRO INALTERABLE
DESCONFÍESE de las FALSIFICACIONES
DEPÓSITO: BLANCARD & Cie, 40, R. Bonaparte, Paris.

ENFERMEDADES de la PIEL
Vicios de la Sangre, Herpes, Acne, etc., se cúran con el Rob Boyveau-Laffecteur célebre depurativo vegetal prescrito por todos los medicos. Para evitar las falsificaciones ineficaces, exigir el legitimo. Todas Farmacias.

Frasco 5 fr. — PUREZA DEL CUTIS — en Paris
— LAIT ANTÉPHÉLIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
ó Leche Candès
pura ó mezclada con agua, disipa
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS PRECOCES
EFLORESCENCIAS
ROJECES.
Pône y conserva el cútis limpio y terso
CANDÈS et Cie — Bd St-Denis, 18

LA SAGRADA BIBLIA
EDICIÓN ILUSTRADA
a 10 céntimos de peseta la entrega de 16 páginas
Se envian prospectos á quien los solicite dirigiéndose á los Sres. Montaner y Simón, editores

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD Curadas por el Verdadero HIERRO QUEVENNE
Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de éxito.

Dentición
JARABE DELABARRE
Jarabe sin narcótico.
Facilita la salida de los dientes, previene ó hace desaparecer los sufrimientos y todos los Accidentes de la primera dentición.
EXÍJASE el *SELLO* del ESTADO FRANCÉS
FUMOUZE-ALBESPEYRES, 78, Faubg St-Denis, Paris,
Y EN TODAS LAS FARMACIAS DEL GLOBO.

AGUA LECHELLE
HEMOSTATICA
Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades* del *pecho* y de los *intestinos*, los *Esputos* de *sangre*, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.
PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

Imp. de Montaner y Simón

(c) Ministerio de Cultura 2006